

Farah Hallal / Ana Belique (eds.)

# Somos Quien Somos

*Historias de vida de personas dominicanas  
de ascendencia haitiana.*

reconoci.do

Kabubu  
GESTIÓN CULTURAL



UNHCR  
ACNUR  
La Agencia de la ONU  
para los Refugiados



# Somos Quien Somos

**Historias de vida de personas dominicanas  
de ascendencia haitiana.**

*Farah Hallal / Ana Belique (eds.)*



La publicación de este libro ha contado con la ayuda de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y del Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). Las opiniones expresadas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente la posición oficial del ACNUR, UNFPA o de las Naciones Unidas.

© Movimiento reconoci.do  
Josefa Brea No. 65, Mejoramiento Social D.N

© de los autores, 2021

**Diseño y Diagramación**  
FT Event Consultants SRL

**Imprime**  
Imprenta La Unión S. R.L.

ISBN tapa blanda: 978-9945-015-37-9  
ISBN tapa dura: 978-9945-015-36-2

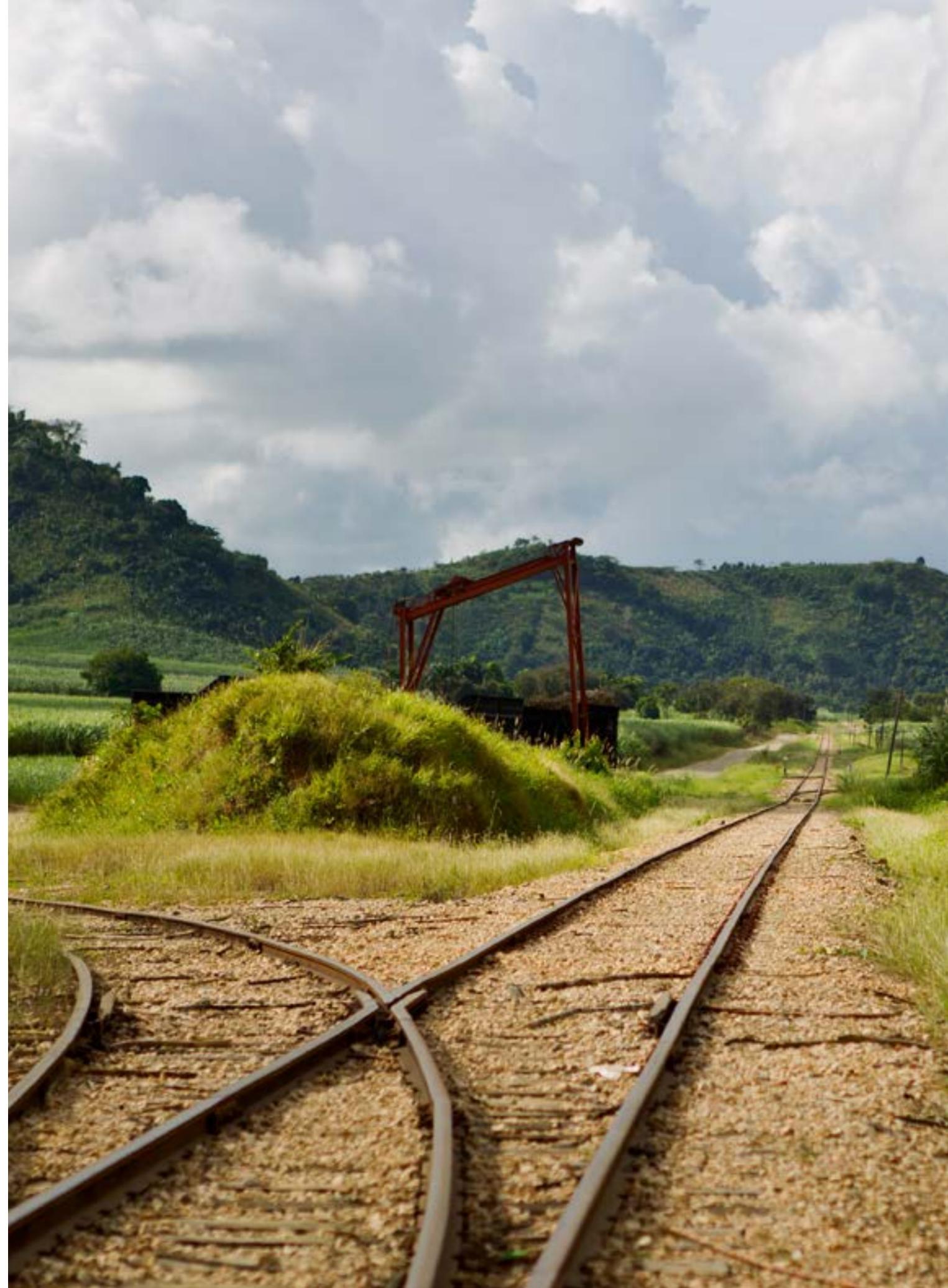
**Imagen de cubierta y fotografías de los autores:**  
©ACNUR/Juan Carlos González Díaz

**Fotografías:**  
©Pedro Genaro Rodríguez  
©Michele Stephenson



*In memoriam*

*A nuestro compañero **Simón Desentil, Danny**  
fallecido trágicamente antes de tener este libro en sus manos.*



# ÍNDICE

- Presentación** 09  
Gabriel Gualano de Godoy
- Somos quien somos** 11  
Farah Hallal
- Un taller de historia con jóvenes dominicanos de ascendencia haitiana ¿Cómo lo hicimos y por qué esto es importante?** 19  
Ana María Belique
- Limpiando Zapatos** 27  
Marcelo Marcel
- Una comida gurmé** 31  
Juan Alberto Antuam Vill
- Un niño grande** 35  
José Bernardo
- Mi historia se repite** 39  
Malena Jean
- Ni luz ni nada** 43  
Simón Desentil, Danny (†)
- 47 No es sólo el apellido**  
Ruth Pérez
- 53 Un papel que jugar**  
Miguelito Teodo Lafler, Rubén
- 57 Mañana sin sol**  
Catiana Feliz Pérez
- 59 Declarada con ficha**  
Altagracia Jean Yedy
- 63 La niña del por qué**  
Meriza Prophete Tocart
- 65 Deambulando**  
Maribel Fede
- 69 Un día sí y el otro no**  
Wander Vilson
- 73 Crecer de golpe**  
Margarita Misiado
- 77 No pongas la mano en lo que no es tuyo**  
Sandina M. Cuba

*Por Gabriel Gualano de Godoy  
Jefe de Misión del ACNUR en la República Dominicana.*

Toda persona tiene derecho a la ciudadanía y a nadie se le privará arbitrariamente de su nacionalidad. El artículo 15 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos otorga a cada persona, en cualquier parte del mundo, el derecho a tener un vínculo legal con un Estado.

En efecto, la ciudadanía es considerada como “el derecho a tener derechos”, porque la nacionalidad no solamente les da a las personas un sentido de identidad y pertenencia, sino que les otorga a los individuos la protección de un país. Darse cuenta de la falta del amparo legal y pertenencia jurídica a su propia comunidad política es causa de sufrimiento profundo. La mayoría de las personas podemos inscribir a nuestros hijos e hijas en las escuelas, buscar atención médica en caso de enfermedad, pedir empleo cuando lo necesitamos y votar para elegir a nuestros representantes. Sentimos que tenemos una participación en el país en el que vivimos. ¿Pero cómo es la vida para las personas que no tienen nacionalidad?

A pesar de que el derecho a la nacionalidad posee un cuerpo de derecho y jurisprudencia en todo el mundo, todavía hay millones de personas que no son ciudadanas de ningún Estado. De acuerdo al Informe “Tendencias Globales sobre el Desplazamiento Forzado del 2020”, en el mundo existen 4,2 millones de personas apátridas. Para las organizaciones de derechos humanos ha sido muy difícil recoger información porque el concepto de apatridia está en disputa en muchos países.

Es necesario insistir en la relevancia de las Convenciones de la ONU sobre Apatridia de 1954 y de 1961 como directrices para responder a los diferentes desafíos en la región de Las Américas y del Caribe.

La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) saluda la publicación de “Somos Quien Somos”, un nuevo esfuerzo de memoria y dignidad de personas dominicanas de ascendencia haitiana, afectadas por la sentencia 168-13, por contar relatos en primera persona que debemos escuchar y con los cuales debemos comprometernos.

Se trata de sus vidas, sus anhelos, de la importancia de cada experiencia en la conformación de las identidades de sus protagonistas. Pero especialmente se convierte en un documento que ilustra el tamaño de los obstáculos que deben sortear aquellas personas que no tienen su ciudadanía asegurada.

Agradecemos a UNFPA por el apoyo en la publicación de este libro, a las coordinadoras editoriales Farah Hallal y Ana María Belique por su intenso trabajo y seguimiento pedagógico, al Movimiento Reconoci.do, pero sobre todo a las personas participantes, quienes se animaron a (re)escribir su historia.

Tomar la palabra para nombrar lo que pasa es hacer de la escritura un acto ético, una forma de vincularse y de reconocer al otro como sujeto, como dominicanas y dominicanos por derecho, que están aquí porque son de aquí.



**Gabriel  
Gualano  
de Godoy**

Por Farah Hallal

Ya lo dijo el poeta Gabriel Celaya: *Nosotros somos quien somos.*

Sin importar lo que digan las leyes macabras, leyes de muerte aprobadas en 'bola de humo' para intentar legitimar el abuso y el despojo, sí sabemos quiénes somos. Las hijas e hijos de madre o padre dominicano nacidos en el exterior no pueden negar que sus raíces alcanzan espacios naturales de sus ancestros y espacios nuevos de su lugar de nacimiento y formación. El ser, para quien migra, es muy diverso y no por ello deja de ser auténtico. Además, la genética nos explica que esta diversidad es una ventaja adaptativa y biológica. ¿Y qué pinta aquí la ventaja adaptativa de un grupo humano?

Las memorias personales que presentamos a continuación nos ofrecen un paisaje simbólico muy variado e intenso, pero -sin lugar a duda- en él caben todas las acepciones de la palabra resiliencia. Esto es así, tanto si analizamos las historias tomando en cuenta al individuo como si abordamos el análisis desde las complejas relaciones de la familia o de la comunidad. Tanto si apostamos por desmenuzar la enredadera tejida entre los roles de género, el desamparo y el riesgo que corre nuestra infancia de acabar odiándose a sí misma:

*“¿Por qué tenemos que ser haitianos?”, Pág.49*

*“No te podemos dar un acta para fines de cédula porque tus padres son haitianos”. Salí llorando de la Oficialía -con odio y rencor hacia mi madre- porque, en el momento, yo entendía que lo que me pasaba era culpa de ella...”, Pág.36*

*Sí, con mi madre era feliz, todo era bien: “Tú sabes, tu mamá está contigo mi hija, yo te apoyo”, me decía. A pesar de que nos dejó sin documentos, siempre estaba para mí. Pág. 40*

Así va este mar de palabras que también nos acerca a conocer cómo viven las mujeres en los bateyes y de qué; las implicaciones y consecuencias del abandono del padre a una familia numerosa e indocumentada; el miedo y cómo este se ha ido instalando en las comunidades de los bateyes, la presencia o ausencia de los consorcios, su despojo sistematizado y la pobreza que nos han dejado instaladas. Según lo narrado en estas historias personales, para las personas mayores e indocumentadas, es aterradora la sola idea de salir del batey, que se convierte en el único lugar 'seguro' y en el único universo conocido por muchas mujeres, hoy madres, que cruzaron la frontera para cortar caña y luego de asentarse con hijas e hijos nacidos en la República Dominicana, ya no vieron viable el regreso a su país de origen:

Veía a mi papá como un hombre sabio porque él trabajaba y hacía la compra. Iba y venía a Santo Domingo sin que la migra lo agarrara. Algunas personas no salían del batey por esa razón: para que los de Migración no los [agarrasen]. Como mi madre: ella tampoco salía. Era muy tímida y no sabía hablar español en dominicano como decimos.

Nacer despojado de lo indispensable que podría tener un ser humano nacido en dignidad, que es su acta de nacimiento, ya es una señal casi divina de que el futuro tiene todas las de

**Farah  
Hallal**

perder. Y leyendo las historias que narran la ruta de la injusticia heredada de antepasados esclavos en el contexto de una pobreza normalizada dentro del batey es toda una elegía: ¿hay que nacer para morir, luego, en vida?

Ya lo dijo el poeta Octavio Paz: *Somos nombres del tiempo*<sup>1</sup>

el tiempo dará cuenta de todo cuanto nos han quitado. En sentido general, parecería que desde los medios de comunicación y los programas estatales procuramos no acordarnos de los nombres de estos bateyes ubicados en territorio dominicano, pero tratados como un anexo vergonzoso que no amerita mayor atención que aquella que canalizan organizaciones sin fines de lucro, a veces extranjeras, que a lo largo del siglo XX procuraron echar una mano fundando una escuela o un dispensario médico. ¿Qué es el batey el día de hoy? ¿Es lo mismo que un barrio? ¿Hemos analizado los diferentes paisajes de su pobreza?

Nos guste o no, la mayoría de dominicanos y dominicanas son hijos legítimos de la esclavitud. Pero no somos descendientes de pura sangre porque dentro de la pobreza hay diferentes niveles de escasez. Claro: la gente se acostumbra a todo, quiero decir que, si una persona nunca ha tenido la nevera llena, quizá no se levante por la mañana aspirando a tener ni una nevera llena ni una nevera sola ni la comida que podría haber en ella; o vayamos más lejos: no echaría de menos ni la energía eléctrica que se necesitaría para mantener la nevera funcionando. Intentamos dejar claro que la idea de una nevera con comida o la normalización de comer a diario parece ser, simplemente, una representación que la puede hacer quien ha tenido esta realidad, pues en los bateyes, según nos muestran sus comunitarios en sus textos, comer no es una actividad que se dé por sentado. Pero, tal y como nos muestran los relatos, por acostumbradas que estemos al hambre, las personas aspiramos a tener un mínimo para comer y poder mantenernos vivos. Incluyendo un niño dominicano de ascendencia haitiana. ¿No es triste la ironía?

Miremos cómo nos lo explica Marcelo Marcel en su memoria "Limpiando zapatos" en esta escena que sucedió luego de él llegar a su casa después de la escuela y no encontrar "ni sal para masticar":

*Recuerdo que había un mantelito de flores en la mesa: lo jalé con fuerza y lo tiré al suelo... y le dije a mi madre que me buscara mi pasaje que me iría a Santo Domingo a buscar a mi padre. Mi mamá me dijo: 'No tengo dinero y, si tuviera, iba a buscar qué comer. Tus hermanos están en casa de tu abuela buscando qué comer. Ve allá, a ver si encuentras algo'.*

A continuación, Marcelo nos narra una historia digna de ser contada en una película de cine: el muchacho acabó rodando en Santo Domingo y, gracias a una vecina a quien recuerda con el nombre de Cole, no solo fue inscrito en la escuela, sino que le proveyó de útiles escolares y de una caja para limpiar zapatos. Veamos: así como hay monstruos, también hay ángeles, y fue la señora Cole, ese ángel que hizo posible que el niño que fue Marcelo viera una ruta mínimamente despejada. Esta ruta era la escuela, que Marcelo tuvo que dejar en diferentes momentos.

<sup>1</sup>Poema "La llama, el habla"

Hubo un momento muy particular: dejó la escuela nocturna cuando descubrió que, en uno de los salones de clase, además de vender drogas, funcionaba un prostíbulo. Lo sabía su director y aun así, le pidió a Marcelo que "no se metiera en eso", que "no se buscara problemas". Esta parte de la historia actual de la República Dominicana no nos la contarán en ningún libro de texto aprobado por el Ministerio de Educación. Ahora Marcelo es maestro en el batey donde nació y es un ejemplo de integridad, entereza y resiliencia.

Pero al margen de la pobreza (que es la continua invitada en todas las historias narradas), por lo menos tenemos -digámoslo así- un retrato bastante fiel del desafío que supone obtener educación para las personas afectadas por la Sentencia del Tribunal Constitucional 168-13. Un poco de alegría hay, cuando constatamos -en esta nueva edición de memorias personales- que por lo menos a algunos jóvenes se les ha permitido (qué tristeza) seguir estudiando, luego de obtener documentos, gracias a la Ley 169-14, que establece un régimen especial para persona nacidas en el territorio nacional inscritas irregularmente en el Registro Civil Dominicano y sobre naturalización. Pero no todos ni todas han corrido con esta 'suerte'.

Sí que es una tristeza que se utilice (para disfrazar de control migratorio el racismo puro y duro) un recurso que va en contra de dos derechos humanos fundamentales: el derecho a la nacionalidad y el derecho a la educación. Eso sin contar que Marcelo nació en el Sur, donde hay puntos de chequeo migratorio permanentes, lo que le supone el impedimento de libre tránsito, otro derecho fundamental que le fue negado. Como le ha sido negado a muchísimos dominicanos sin documentación, comunitarios de bateyes, que no conocen nada fuera de ahí: salir del batey supone exponerse a una experiencia terrorífica de "búsqueda y captura".

Visto, sin embargo, de un modo más optimista, podemos afirmar que durante el año y medio que -aproximadamente- tenemos remando de forma virtual y presencial con los jóvenes que participan en esta edición de memorias, hemos trabajado en algunos de los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y la Agenda 2030: *fin de la pobreza* (1), *hambre cero* (2), *salud y bienestar* (3), *educación de calidad* (4), *equidad de género* (5), *agua limpia y saneamiento* (6), *energía asequible* (7) (porque lo de no contaminante ya es mucho a lo que aspirar), *necesidad de un trabajo decente y crecimiento económico* (8), *reducción de las desigualdades* (10), *ciudades y comunidades sostenibles* (11), *paz, justicia e instituciones sólidas* (16) *y alianzas con otras instituciones de cooperación para alcanzar los objetivos* (17).

Este programa, además, se enmarca en los planes de acción de las Naciones Unidas a propósito de la declaración del Decenio Internacional para los Afrodescendientes (2015-2024), el cual propone a los Estados: "programas de lucha contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia a que se enfrentan las personas afrodescendientes, teniendo en cuenta la situación particular de las mujeres, las niñas y los varones jóvenes en las áreas de reconocimiento, justicia y desarrollo".<sup>2</sup>

Sin duda, es una gran noticia que un solo programa de animación a la lectura y la escritura, ejecutado por una organización comunitaria -en gran medida gracias al voluntariado y, luego, a la cooperación de instituciones con una misión común a Reconoci.do-, esté:

-articulado con 12 de los 17 ODS;

-ceñido al Pacto Global por la Educación propuesto por el Papa Francisco que hace un llamado a la profundización: "en la dimensión antropológica, comunicativa,

cultural, económica, generacional, interreligiosa, pedagógica y social". (El Pacto Educativo Global - Conferencia Episcopal Española, 2021);

-y vinculado al alcance de objetivos de Naciones Unidas en el marco del Decenio Internacional para los Afrodescendientes.

¡El movimiento Reconoci.do es tan joven, y aun así tuvo la valentía de asumir este proyecto, haciéndose más consciente de los símbolos de opresión en los que vive, tragándose su miedo e inseguridad, sus dudas, su dolor y se está enfrentando al mundo! ¡Prestando su voz y dejando un testimonio que el futuro, quizá más decente que este hoy, agradezca!

Y en algún momento habría que confesarlo: durante estos encuentros en los que reflexionábamos, recordábamos, escribíamos... se lloró. Dudo que quienes participamos en estos talleres de escritura seamos capaces de contar cuántas lágrimas echamos escuchando las lecturas íntimas de nuestros autores y autoras. Una historia, en particular, nos conmovió profundamente. En ella Ruth Pérez, que ha preferido utilizar pseudónimo, nos cuenta que su familia fue acosada por unos supuestos militares que lograron (bajo amenazas con armas), sacarla de unas tierras que se les había asignado por disposición de Hipólito Mejía. Nuestra joven autora pensó en suicidarse y con este fin se dirigió a un puente de la comunidad:

*Ese día, él se fue. Cuando se montó en la jeepeta, él le dijo a mi papá: "Tú vas a salir de la parcela a la mala porque yo te voy a sacar". Lo más duro fue que ese hombre mandó a echar animales (como vacas y caballos) a la parcela. Los animales destruyeron todo el conuco: lo poco que quedaba. Mandó a sus hombres a sacarlo. A mí me dolió tanto esta situación... porque todo el esfuerzo de mi papá terminó de esa manera.*

*A pesar de todo eso, mi papá no se daba por vencido. La gente decía: "Esa gente ni cédula tienen y están peleando por tierra. Esos haitianos están locos". Me sentía frustrada, pero tan frustrada con aquella situación, que un día comencé a pensar: "¿Por qué tenemos que ser haitianos?". Y salí a caminar hasta un puente donde pasaba el río El Cañito... con la intención de tirarme. En ese momento, un señor apareció y me dijo: "Siervita, ¿qué tú estás haciendo? ¡Pero, no hagas eso!". Y yo le dije: "Déjame, déjame... estoy cansa' de tantas cosas". Y el señor me convenció de que me fuera a mi casa.*

También a esta "salida" pensaron recurrir otros jóvenes, algunos incluso de los que empezaron sus relatos y no los concluyeron y por esta razón no están aquí representados. A esta conclusión también llegaron algunas adolescentes cuando se sintieron hostigadas en su misma escuela por no tener 'los papeles'. Pero no solo lloramos, llorando, también lloramos riendo por la forma en que Juan Alberto nos leyó su relato de cómo se intoxicaron (él y su hermana) comiendo -a falta de otra cosa- lo que no debían:

*Él cocinó la comida, pero Timoteo tenía por costumbre almacenar gasoil en la casa para prender candela... y también tenía por costumbre rociar aceite en el momento*

*de tapar el arroz. Entonces, pensando que era aceite, Timoteo roció un chin de gasoil en el arroz: el caldero echó un humazo y mi amigo gritó: "¡Wao, wao! ¡Le eché gasoil!". Mi tío Enes, que también era vecino, le dijo en creole: "Mange an pa gen anye"/ "La comida no tiene nada". Luciana y yo comimos la comida. Pero, después de cinco minutos, comenzamos a vomitar. Toda la gente que venía a vernos decía: "Esto es puro gasoil".*

Y, en fin, como ya lo dijo la poeta Idea Vilariño: Somos ajenos / tú y yo misma / y mi casa.

Como compatriota y ciudadana del mundo consideramos una vergüenza lo que estos testimonios sacan a la luz. Sin embargo, como gestora cultural encargada del diseño de la metodología del programa "Historias de Vida" y como profesora acompañante en el proceso de escritura confesamos sentir un gran orgullo: tener como resultado un producto tan significativo por su valor documental. En efecto: nada de lo que se leerá a continuación tiene un ápice de ficción. ¿Cómo lo podemos asegurar?

Cada párrafo producido se corresponde a un ejercicio de escritura en el que exploramos el vínculo existente entre la pobreza y la educación, el racismo a migrantes en otros países, la identidad caribeña y afrodescendiente, el vínculo entre la esclavitud y la condición de vida de los habitantes de los bateyes, la relación con las madres y los padres (muy presente en todos los relatos), entre otros temas.

Esperamos que también fortalezca la credibilidad de la información recogida el hecho de que nos ocupamos en fomentar el valor de la verdad en la escritura de memorias personales. Para ello, expusimos al grupo de participantes a la lectura y análisis de cartas que hoy son consideradas fuentes de gran valor histórico. Con este mismo objetivo, enfatizamos la riqueza de la apropiación de nuestra voz a través de la escritura y el legado que dejamos con el testimonio que cada autor y autora aporte con su historia de vida. Y no solo la suya, la de toda su unidad familiar: esta juventud -veremos- está más enfocada en contar la vida de sus madres y padres, y lo mucho que han tenido que esforzarse para lo más elemental: ponerle un plato en la mesa o mandarle a la escuela, aunque fuera sin comer.

Al margen de los ejes transversales que trabajamos durante los talleres (presenciales-intensivos o espaciados-virtuales), esta experiencia fue diferente a la que nos dejó la antología Nos cambió la vida (Centro Montalvo, 2017) por otras razones: habernos convertido -desde 2018- en inmigrantes, con nuestra mudanza a España, dándonos otra perspectiva y el hecho de tener que sacar adelante este proyecto que empezó justo cuando el COVID-19 puso el mundo de cabeza.

De hecho, antes de que la pandemia nos enseñara que es posible dar un curso utilizando Google Meet, Teams o Zoom, estuvimos buscando a otra facilitadora que pudiera impartir -exactamente como habíamos diseñado- los planes de clase. Eso parece fácil, pero no lo es. Primero porque seguimos la metodología del National Writing Project (NWP) de los Estados Unidos, que cursamos gracias a la invitación de Meg Petersen en la Universidad de Plymouth, New Hampshire; metodología que ha sido validada por innumerables investigaciones y a la que le debemos el éxito de todos los proyectos de escritura en los que nos embarcamos.

<sup>2</sup>Nations, U., 2021. Decenio Internacional para los Afrodescendientes | Naciones Unidas. [online] United Nations. Available at: <<https://www.un.org/es/observances/decade-people-african-descent>> [Accessed 12 July 2021].

<sup>3</sup>Vehículo todoterreno

Lamentablemente, las compañeras egresadas del NWP a quienes les solicitamos asumir el proyecto de forma presencial en la República Dominicana ya estaban con una carga académica o con una situación de salud que les impedía llevarlo a cabo. Elegir a una maestra de escritura que se cuidase de no transferir ni pizca de la base racista con la que ha sido formada y que tuviera una visión alineada con la de Reconoci.do no dejó de ser un desafío. Por eso, al final, propusimos recurrir a la grabación de las sesiones; en eso se nos fue el verano del año 2019. La idea consistía en transferir a Ana Belique las competencias para implementarlo. Ana Belique estuvo coordinando el primer programa que aplicamos con el apoyo del Centro Montalvo en 2017 y, además, inspira gran confianza personal en los participantes que la profesora sea de trayectoria reconocida.

Entonces, surgió el milagro. Gracias a la invitación de Fundación Propagas, con quien pondríamos a circular una novela que surgió justo en un programa de escritura y conservación en un entorno rural, a finales de 2019 tuvimos la oportunidad de viajar a la República Dominicana. El plan 'centella' fue impartir los talleres presenciales de forma intensiva durante los sábados y domingos del mes de noviembre. ¿Estaba todo solucionado? Pues no.

Impartir un programa de esta naturaleza, acelerando un proceso en el que es indispensable alcanzar la intimidad de grupo, resultaba aterrador. También lo era la amenaza de ver afectado el nivel de confianza de grupo, la imposibilidad de espaciar un encuentro del siguiente para dar tiempo a que el grupo participante realizara adecuadamente las revisiones y las reescrituras de los textos y, lo más importante, que todas aquellas ideas a las que exponíamos a gente tan joven, pudieran asentarse y favorecer una adecuada reflexión y posterior vinculación con sus vidas. Esto nos resultaba indispensable para que nuestros autores y autoras en formación pudiesen ser capaces de producir sus propias ideas en trabajos narrativos originales. ¿Usted creó que es paja `e coco? Sepa que con esto 'nos graduamos' y no por mérito propio, sino por el mérito de un grupo extraordinario de jóvenes que aprendió hace mucho tiempo a adaptarse a la realidad y a desafiar las adversidades de la vida.

Por eso hemos de reconocer que lo importante no es lo que analicemos en esta introducción, sino que gracias a estas memorias personales dejamos testimonio en primera persona del trato del Estado dominicano hacia jóvenes que han nacido en el país bajo la peor pobreza que es la moral y la ética, puesto que ni gobernantes ni gobernados hemos movilizad el juicio y los recursos a favor de la gente que más está sufriendo y, en vez de eso, le quitamos lo que es legítimamente suyo: su identidad legal y su auténtica nacionalidad.

Es un 'lujo' leer la narración en primera persona de cómo han experimentado esta situación los afectados por la aplicación primero de la Sentencia 168-13 y, luego, como un remiendo para callar el escándalo internacional y la condena por violación de los derechos humanos, la ley 169-14.

Los consorcios, que durante más de cien años han extraído beneficios de los trabajadores haitianos y dominicanos, y quienes formamos parte de esta generación callada, somos cómplices por cómo hemos estructurado la vida de estas personas a quienes hemos

mantenido marginadas y, por ende, no hemos hecho posible que reciban salud, educación, acceso a productos culturales y a oportunidades para un futuro que no esté condenado al chiripeo, el trabajo doméstico y la pobreza más absoluta.

**Farah Hallal (Rep. Dom., 1975)**

*Escritora, editora, animadora a la lectura y la escritura. Funda y dirige la organización de gestión cultural Kabubu, desde donde diseña y aplica programas de animación sociocultural para público infantil, juvenil y adulto.*

<sup>4</sup>Poquito

<sup>5</sup>Medium. 2016. Evolución de la Industria Azucarera en la República Dominicana.. [online] Available at: <<https://medium.com/ini-326-evoluci%C3%B3n-del-desarrollo-industrial-feb/evoluci%C3%B3n-de-la-industria-azucarera-rep%C3%BAblica-dominicana-e8eaaa6413b1>> [Accessed 18 March 2021].

### ¿Cómo lo hicimos y por qué esto es importante?

Por Ana María Belique

El movimiento Reconoci.do es un colectivo de jóvenes dominicanos de ascendencia haitiana que proceden de diferentes bateyes del país. El colectivo surge en el año 2010, a raíz del trabajo de incidencia del Centro Montalvo con los hijos e hijas de inmigrantes haitianos nacidos en República Dominicana. Inicialmente, su objetivo fue visibilizar y corregir la realidad de los afectados y afectadas por las políticas de desnacionalización del Estado dominicano amparado en la sentencia del Tribunal Constitucional 168-13. Acompañados por el Centro Montalvo, el colectivo se articuló a lo largo y lo ancho del país, alcanzando un nuevo nivel de conciencia sobre su realidad y sus derechos. Del mismo modo, se fortaleció desde una actitud de empoderamiento que, en vez de reducirse, cada año se fortalece con la suma de nuevos integrantes motivados en ser autores de su propia historia.

Desde el 2011 Reconoci.do ha llevado a cabo acciones de incidencia, comunicación y acompañamiento de las problemáticas de las personas afectadas; de estas acciones se pueden destacar espacios de cabildeo e intervención con actores clave gubernamentales, eclesiales e internacionales, pero también acciones de movilización social tales como marchas, caminatas, paradas cívicas, etc.

En medio de todas estas acciones de movilización, los espacios formativos y de capacitación han sido un eje transversal que han servido para reforzar el análisis crítico y de acompañamiento de las realidades de dominicanos que, muy orgullosamente, tienen ascendencia haitiana, como otros las tienen libanesa o española.

En el 2016, desde el movimiento Reconoci.do y el Centro Montalvo, se realizó el primer Programa de Animación a la Lectura y la Escritura "Historias de Vida" con jóvenes afectados por la desnacionalización en nuestros bateyes. Aquella experiencia resultó ser muy liberadora para los integrantes. Estos encuentros formativos tenían varios propósitos, entre ellos: estimular a los jóvenes a reflexionar sobre sus vidas y sus proyectos personales, pero también a comenzar un ejercicio que entendíamos que era sumamente importante: comenzar a escribir desde ellas y ellos.

El proceso de empoderamiento social y colectivo nos llevó a tener discusiones y reflexiones grupales en donde se pudo valorar lo positivo y lo negativo de que nuestras historias hayan servido para visibilizar nuestras realidades como personas afectadas, sin embargo, también analizamos cómo los escritos y publicaciones diversas sobre nuestra realidad no se visibilizan desde nuestras voces, es decir, desde las perspectivas de las personas afectadas. Ante la ausencia de voces propias en las comunidades, identificamos la necesidad de fortalecer las capacidades de escritura dentro del colectivo, un proceso que implicó aprender a escribir sobre nuestras experiencias personales como afectados y afectadas, un proceso que permitiera describirnos como mejor quisiéramos y, a través del cual, pudiéramos compartir aquello que realmente queremos compartir sobre nuestras vidas y luchas.



**Ana María  
Belique**

Desde el nacimiento del movimiento Reconoci.do los testimonios de vida han sido una de las mejores herramientas que cada miembro ha aportado a la lucha para visibilizar la realidad de la política de desnacionalización. Intelectuales, periodistas, académicos, documentalistas, etc. han llegado hasta nosotros en búsqueda de una historia y un testimonio para describir lo que nos pasa, por lo que, en este ejercicio de escribir, buscamos hacer el ejercicio no desde la óptica del intelectual que nos ve como objeto de estudio, sino desde nuestra propia óptica, aunque la misma no se vea objetiva: son nuestras vidas y nuestras historias. Nadie más podría contarlas mejor.

Con la aplicación del primer programa de talleres de escritura dimos a luz la antología de memorias personales de jóvenes afectados por la sentencia 168-13 Nos cambió la vida (Centro Montalvo, 2017). Las sesiones para esta primera edición del programa de escritura se llevaron a cabo en jornadas completas de sábados y domingos en un periodo de cuatro fines de semana con un grupo de 28 jóvenes de diferentes zonas del país. Estar juntos durante tanto tiempo permitió que se afianzaran los lazos entre los integrantes y que se estrechara la confianza y la comodidad para que cada quien pudiera hablar de aquello que realmente deseaba.

Los talleres sirvieron de espacio de sanación, de reconocimiento y empoderamiento colectivo, además de que permitió que se consolidaran nuestras convicciones en la lucha y el reconocimiento de otras dimensiones de la racialización y cómo afecta nuestras vidas. Ha sido invaluable poder reconocer en nuestras sesiones de trabajo las problemáticas de género, de violencia, de pobreza extrema, pero sobre todo de coraje y de resiliencia. Encontramos fuerza y luz al leernos y escucharnos con respeto y admiración, aunque fuera entre risas y lágrimas.

Una vez terminado el proceso y contar con el libro impreso, ya en 2017 organizamos la puesta en circulación en la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña de Santo Domingo, un lugar muy emblemático y simbólico de la intelectualidad dominicana. Como Movimiento, la mayoría de las actividades que habíamos realizado hasta ese momento estaban relacionadas a marchas, concentraciones y reuniones, pero aquel día de la puesta en circulación, marcamos un hito en nuestra historia colectiva, no solo por escribir desde nosotras y nosotros, sino por permitirnos usar espacios asignados a una pequeña élite, la élite intelectual dominicana. Desde nuestras realidades, sería casi impensable desarrollar una puesta en circulación de un libro de bateyeros; sin darnos cuenta, no solo estábamos escribiendo y visibilizando nuestras voces, sino también conquistando espacios.

Habíamos dado a luz un libro con nuestras historias y nuestros nombres. Un libro de historias que no había sido escrito por académicos ni periodistas ni famosos escritores: el discurso propio de aquellos de quienes se dice que no tienen voz. Desde nuestras experiencias como colectivo, hemos demostrado que la retórica de los que no tienen voz solo es sostenible en la medida en que se silencian las voces de los menos favorecidos y se limitan sus oportunidades, que no se trata de tener voz o capacidad de hablar, sino de tener oportunidades para dejar expresar esa voz y que otros estén dispuestos a escucharla.

La experiencia del primer taller de escritura fue determinante en el proceso de empoderamiento de nuestra comunidad como colectivo. En el 2019, en conversación con Gabriel Gualano De Godoy, el Jefe de Misión de la Oficina de ACNUR en la República Dominicana,

le expresé el deseo de repetir la experiencia con otro grupo de jóvenes de ascendencia haitiana y me sorprendió lo rápido de su respuesta afirmativa. Así que, profesándole nuestra gratitud por el apoyo, no tardamos en ponernos a trabajar en la segunda versión de "Historias de vida".

Esta segunda edición de nuestro programa de escritura se desarrolló en un contexto muy diferente al primero, en especial porque teníamos menos tiempo en calendario para ejecutarlo. Fue un gran desafío resolver lo que nos supuso un problema: nuestra facilitadora estaba viviendo fuera del país y nos parecía clave contar con la experiencia de la escritora Farah Hallal, primero por la empatía que tuvo con el grupo anterior y, segundo, porque buscábamos que estos participantes pudieran recibir la misma metodología que ya nos garantizó los resultados esperados.

Dado que Farah no estaba en el país, propusimos montar el taller de manera semi presencial. Con el diseño de las sesiones de clases que Farah elaboraría, me iba a corresponder servir de facilitadora. Para entonces, era inimaginable hacer un taller semi virtual con un grupo de jóvenes casi analfabetos -tecnológicamente hablando-, pero finalmente no fue necesario, ya que Farah viajó al país y dimos los talleres de una forma intensiva y, dicho por ella, desaconsejable por la necesidad de tener tiempos entre unas clases y otras que hicieran posible que los participantes realizaran en sus casas las revisiones de sus textos recibiendo la adecuada retroalimentación. Pero no teníamos de otra y nos lanzamos.

Aunque no tuvimos a Farah por todo el tiempo que deseábamos, a finales de noviembre de 2019 se realizó el taller intensivo. Fue una experiencia muy profunda y acelerada, pero igualmente rica y fructífera para el grupo. Por diferentes razones no todos los participantes pudieron cumplir con la asistencia para poder escribir su historia. Aun así, teníamos una cantidad significativa de historias. Durante los meses siguientes pensábamos dar continuidad -por correo electrónico- al proceso retroalimentación y corrección para los escritores.

Lamentablemente, llegó la fecha de Farah regresar a España y los textos todavía necesitaban un trabajo en el proceso de escritura. Aun así, los trabajos digitalizados se les enviaron por correo electrónico, tal y como sus autores los entregaron. Teníamos un calendario establecido y, en nuestro afán por cumplir con nuestros cooperantes, las historias fueron a edición y corrección para fines de llevar a cabo la maquetación. Sin embargo, Farah Hallal no estaba convencida con el resultado y nos recomendó volver atrás y coordinar sesiones online adicionales con los participantes: el nivel de calidad de los textos daba cuenta de que nos quedaba trabajo por hacer. ¿Era volver a comenzar? Llevar a cabo estos encuentros virtuales ya no nos pareció inimaginable pues, desde antes de terminar el proceso de transcripción de las historias, nos llegó la COVID-19, una pandemia que -de manera acelerada- cambió la dinámica del mundo. Lo que al principio veíamos casi imposible (dar clases virtuales), pasó a ser la nueva normalidad. Pero ¿cómo darle seguimiento a este proceso con todas las limitaciones tecnológicas y de energía eléctrica de los bateyes?

En junio de 2020 comenzamos a hacer las consultas con el grupo de participantes para ver qué tan posible era poder hacer nuevas sesiones de retroalimentación de los textos en una modalidad totalmente virtual. Farah ya había leído todos los textos y tenía los comentarios para guiar su reescritura. Ingenuamente pensé que sería un proceso sencillo porque, hasta ese momento, creí que las limitaciones para la conectividad de los compañeros y compañeras se debían solo al hecho de tener un celular Smartphone y disponer de los recursos económicos para comprar las recargas de datos, por lo que nos aseguramos en poder

cubrir de manera básica lo más inminente, esto era que pudieran conectarse al Internet. En ese sentido, identificamos cuatro retos a superar:

- 1. Que todos tuvieran un celular inteligente,** tableta o computadora. Para esto usamos la solidaridad que nos caracteriza como grupo, así que algunos miembros tuvieron que auxiliarse de otros compañeros del Movimiento que tuvieran un celular o computadora, como fue el caso de los compañeros del sur y de Guaymate.
- 2. Que tuvieran recarga para “paqueticos” de datos:** Desde el Movimiento se les proveyó de recarga directa a sus números de teléfono móvil para, desde ahí, conectarse al Zoom.
- 3. Que todos sepan usar el Zoom:** Aunque hoy ya parece tan lógico y simple, en aquel momento se tuvo que enseñar a descargar la aplicación Zoom y, posteriormente, entrar a la aplicación para asistir a reuniones. Como fue el caso de los compañeros del sur y de Guaymate.
- 4. Que nos pusiéramos de acuerdo con el horario:** Realizamos diversas llamadas para poder coordinar con todos unos horarios convenientes, incluyendo a Farah, quien estaría asistiendo virtualmente desde España con una diferencia horaria de seis horas. En algunos casos se tuvo que enviar a representantes regionales a que transmitieran el mensaje personalmente, dado que no podíamos contactar -de otro modo- con algunos compañeros.

Echando un vistazo rápido a los cuatro desafíos identificados, resolverlos parecería sencillo y rápido, sin embargo, no lo fue. El primer taller virtual de retroalimentación se puso en agenda para principios de agosto. Previo al taller, armamos un operativo para conseguir a cada participante y enviarle recarga para que pudiera descargar la aplicación Zoom. Aunque realizamos una reunión de prueba para asegurarnos que accedieran a la plataforma, lamentablemente no todos acudieron a la sesión de prueba.

Ya en el momento del taller, algunos miedos se hicieron evidentes, pues a pesar de que les transferimos recargas telefónicas, las diferentes realidades se hicieron presentes, principalmente en lo relacionado al problema de la calidad de la conectividad. Esto fue más común con participantes del sur, quienes ya habían manifestado -en otros espacios del Movimiento- sus dificultades con la señal para la telecomunicación. En algunas comunidades prácticamente no había señal telefónica, por lo que -a la hora del encuentro- no hubo forma de que algunos compañeros y compañeras del sur pudieran estar estables en la reunión. Un grupo se reunió en casa de Marcelo (autor incluido en esta antología) para poder asistir a la reunión. Este factor de la mala calidad de la conectividad demostró que no era necesario solo un Smartphone y una recarga de datos, ya que el reto mayor fue la calidad de la conexión.

Finalmente, se tuvo que avanzar en el proceso, continuar el taller como si todos estuvieran presentes. Las nuevas sesiones se grabaron tanto en audio como en imagen. Posteriormente, me tocó cortar la parte de la grabación correspondiente a cada persona

y enviársela de forma individual vía WhatsApp, de manera que pudieran escuchar el audio e incorporar las observaciones de Farah. En este proceso, cada participante recibía retroalimentación, debía escuchar el audio y volver a sus cuadernos para reescribir, incorporando las observaciones de la profesora.

Una vez reescrito o corregido el texto, cada participante debía hacer una lectura en voz alta de su trabajo, grabándose con la aplicación del WhatsApp. Luego debía enviarnos fotos del texto, junto al audio de su historia de vida. Con las fotos de los cuadernos y estos audios, armamos un equipo que contó con el valioso trabajo voluntario de Juan Telemin, Anderon Jean, Cesar Berique, que procedió a transcribir y corregir, nuevamente, las historias. En otro contexto, lo más lógico hubiera sido enviarles los textos por correo electrónico para que incorporaran las observaciones de manera digital, pero eso no era posible, justamente porque estamos hablando de personas que -con suerte- tendrían un celular inteligente y pocas o ningunas competencias tecnológicas para manejar programas de computación. Entonces fue necesario buscar la manera de hacer el proceso lo más simple para el grupo, y lo más seguro y rápido para el equipo coordinador.

Como si todo lo narrado fuera poco, ya casi entrando al proceso de maquetación de este libro, a finales de mayo de 2021, un accidente nos arrebató a nuestro compañero Simón Desentil, Danny, autor del relato personal “Ni luz ni nada”. Luego de conformar una comunidad de escritura fundamentada en lazos de confianza y afecto, esta pérdida nos ha causado un gran pesar y esperamos que el testimonio de nuestro compañero -ido a destiempo-, sirva para visibilizar el desamparo, las desventajas y la negación del derecho a la educación de tantos niños y niñas de nuestras comunidades. En su memoria Danny nos cuenta las dificultades que tuvo para cursar la primaria y alcanzar el octavo grado: caminando durante 45 minutos de ida y 45 minutos de vuelta, tanto esfuerzo para verse obligado a dejar de estudiar: enviársela de forma individual vía WhatsApp, de manera que pudieran escuchar el audio e incorporar las observaciones de Farah. En este proceso, cada participante recibía retroalimentación, debía escuchar el audio y volver a sus cuadernos para reescribir, incorporando las observaciones de la profesora.

*Así que, a pesar de las circunstancias y la crisis, con el apoyo de nuestros padres y de sus consejos, nosotros avanzamos. Aunque no terminamos el bachiller, pero por lo menos hicimos el octavo, porque hasta ahí era que llegaban en el batey. No continuamos [hasta el] Bachillerato porque, como expliqué, no había Bachillerato en la escuela del batey, y en aquel tiempo no había transporte como en la actualidad. Ahora hay transporte que lleva a los estudiantes a la ciudad. Pág.44*

Reconocemos que nada de lo que sucedió en el 2020 fue normal. Hemos tenido que pasar del cómo hacíamos las cosas antes a vivir bajo la covidianidad y la virtualidad. Concluir este programa con la edición de este libro de memorias personales en medio de este contexto, ha sido un gran reto y un aprendizaje. A pesar de que la virtualidad ha permitido que estemos más cerca ante la obligatoriedad del distanciamiento social, y esto nos ha empujado a la dinámica no presencial de una manera acelerada, algunas barreras se han derribado, mientras vamos identificando nuevos desafíos a los que hemos de hacer frente.

Aunque estas historias no recogen la particularidad del momento pandémico, puesto que no ha sido su narración nuestro objetivo, reconocemos que es todo un logro presentar

catorce historias, preciosas e impactantes, en medio de este contexto. Es un logro de nuestros jóvenes y nos alegra y llena de orgullo repetir la experiencia de este programa y llevarla a su fin, aunque haya sido en medio de tantas adversidades.

Estas historias y testimonios de vida han sido de los aportes más valiosos que cada miembro le ha dado al Movimiento Reconoci.do. Agradecemos a cada compañero y compañera que acudió a esta invitación: aceptaron el reto y se han convertido hoy en autores de este preciado libro. Con esta antología impresa y digital pretendemos que nuestra verdad pueda llegar a las manos y oídos de quienes solo han tenido acceso a nuestro mundo por la historia oficial que nos ha sido contada a lo largo de todo el siglo XX.

Ahora la gente tiene la opción de conocer nuestra historia, pero no como algo que alguien ajeno o enajenado contó, sino leyendo un texto escrito por nuestras propias manos, con una verdad vista desde abajo, desde el batey, con nuestra perspectiva marginalizada de forma múltiple y sostenida a lo largo del tiempo.

Hemos de reconocer que la desnacionalización fue solo la desembocadura de todo un siglo de relación utilitaria respecto a la mano de obra de nuestros abuelos, padres y madres. Nuestra marginalización actual demuestra que esta relación parasitaria -que se corona todavía con el maltrato y el rechazo- sirve como evidencia de que la Sentencia 168-13 es solo la cerecita del bizcocho.

Hoy ofrecemos estos textos porque es necesario que la historia de un país se cuente integrando todas las visiones, no solo las de los que tienen el poder a costa de los que carecen de él. Solo deseamos que se escuche nuestra voz. Que hagamos silencio para escucharnos.

**Ana María Belique (1986, Rep. Dom.) Socióloga.**

*Cofundadora del movimiento reconoci.do y de la iniciativa Muñecas Negras RD. Coordinó la primera y segunda edición del programa de escritura "Historias de vida", así como la publicación del libro de memorias personales Nos cambió la vida (Centro Montalvo, 2017).*



Por Marcelo Marcel (1975)

Batey Bombita, Barahona.

Apenas [tenía] de siete a nueve años, cuando mi padre abandonó a mi mamá y emigró a Santo Domingo buscando, supuestamente, mejoría; digo "supuestamente" *porque ni iba ni mandaba*. Al ver la situación, mi madre tuvo que auxiliarse de las personas que tenían fincas de tomate y ají. El trabajo era recoger por centavos porque la cesta era a cinco y seis centavos.

Fui por primera vez a la escuela con siete años. A los nueve empezó mi calvario, ya que me querían sacar de la escuela por falta de acta de nacimiento. Era tanta la insistencia, que mi mamá lloraba a diario. Un día, [estando] en sexto grado, salí de la escuela de Canoa hacia Bombita. Caminaba a pie una distancia de dos a tres kilómetros. Cuando llegué a mi casa (ese día era peor que todos los días), no había ni sal para masticar.

Recuerdo que había un mantelito de flores en la mesa: lo jalé con fuerza y lo tiré al suelo... y le dije a mi madre que me buscara mi pasaje que me iría a Santo Domingo a buscar a mi padre. Mi mamá me dijo: "No tengo dinero y, si tuviera, iba a buscar qué comer. Tus hermanos están en casa de tu abuela buscando qué comer. Ve allá, a ver si encuentras algo".

Cuando ella me dijo eso, empecé a llorar. Apenas tenía once años, pero entendía que por más que ella disimulaba, su rostro reflejaba el sufrimiento y la preocupación. Por las noches escuchaba los quejidos de ella... del cansancio y la miseria... porque ella se iba a las cinco de la mañana a recoger tomate y ají, regresaba a las seis de la tarde y, cuando llegaba, no descansaba. Se ponía a hacer pan para poder darnos qué comer. Éramos seis hijos: dos hembras que eran las más pequeñas y cuatro varones. La hembra más vieja no tuvo tanta dificultad porque una tía se la había llevado a vivir con ella a Canoa y, el segundo varón, vivía con mi abuela en Batey 7. Solo cuatro vivíamos con mi mamá.

Cuando llegaron las vacaciones de diciembre, mi abuelo vendió guandules y me dio el pasaje (RD\$75) para poder ir a casa de mi padre. Y vine para la capital, donde la mamá de él, es decir, mi abuela. Le expliqué la situación de nosotros, y la respuesta que él me dio fue que le dijera a mi mamá "que se busque un marido para que los mantenga".

En ese momento, bajé mi cabeza y comencé a llorar. Yo no quería ni comer en su casa. A los tres días le dije que me buscara el pasaje que me iba a regresar con mi madre, pero nunca me dio el pasaje. Después de seis meses, una señora con el sobrenombre Cole (nunca conocí su verdadero nombre), me preguntó si estudiaba y le dije que sí, pero que tuve que abandonarlo por falta de recursos y de acta de nacimiento.

Viví en casa de mi padre durante dos años, limpiando zapatos. Luego, alquilé una pieza que pagaba [trabajando como] limpiabotas. Esa pieza era un cuarto pequeño... una habitación que tuve que dividir con una sábana para poder tirar un colchón en el piso y poder dormir. A mi papá el ron y la cerveza no le permitían mandarnos dinero. Todos los sábados y domingos amanecía borracho.



**Marcelo  
Marcel**

La señora Cole decidió ayudarme, y habló con el director del colegio donde estudiaba su hijo en el Capotillo. Él me aceptó con la condición de que -a los tres meses a más tardar- tenía que llevar el acta de nacimiento. Pasados los tres meses, mi padre nunca habló de declararme y abandoné yo mismo el colegio, antes de que me dijeran algo... porque la vergüenza me estaba matando.

Maireny C., una de las profesoras del colegio que abandoné, me preguntó que por qué no estaba asistiendo a clases. Le expliqué mi situación y decidió ayudarme. Ella habló con el director de una pequeña escuela pública frente a su casa en Capotillo y me inscribió. Comencé a estudiar en esa escuela que llamaban "Club Nocturno". Le decían así porque la tanda era de noche y porque la mayoría de las personas que querían tener libertad para sus fechorías, sabían que ese era el lugar indicado para estudiar.

Por la inseguridad y las fechorías que ocurrían en ese lugar, también tuve que abandonar este centro: hacían venta de drogas y, en un aula vacía, había prostitución. Como estaba frente al baño, pude ver lo que pasaba. Y hablé con el director: "hay jovencitas en pantí y brasiel con hombres". También le dije cómo pasaban las drogas. Él me dijo: "No te metas con esa gente".

La señora Cole mandó a prepararme una caja de limpiabotas. Con esa duré 16 años limpiando zapatos en el Mercado Nuevo. Después de un tiempo, en el año 1993, recuerdo que era en una época de elecciones durante el gobierno de Balaguer, abrieron un proceso de declaración en la misma comunidad. Como no estaba allá, un amigo mío llamado Próspero me llamó y me inscribió. De esa forma, pude conseguir un acta de nacimiento para poder seguir estudiando.

La señora Cole me regaló una mochila. Con esa mochila hice desde el octavo grado hasta el bachillerato en el Centro Nocturno Capotillo. Después de terminar el bachillerato, duré un año limpiando zapatos y ahorrando para comprarle unos muebles a mi madre. Ahorré con un san que le pagaba a la misma señora Cole. Así fue como pude comprarle los primeros muebles a mi madre.

Pasó alrededor de dos años y me inscribí en la Universidad O&M, en la carrera de Administración y Supervisión Escolar. Inicé pagando RD\$550 mensuales y, luego, me enfermé de tuberculosis y tuve que dejar de pagar la universidad para comprar medicamentos. Terminé la carrera, pero no obtuve el título porque debía RD\$28,870.

Terminé mis estudios en el 2005 y, en enero de 2006, regresé a Bombita a casa de mi madre. Muy pronto visité la escuela básica de mi comunidad y le pregunté al padre de una joven llamada Sandina que quién era la persona que dirigía este centro. "Esa señora está parada frente a la Dirección", expresó el señor Sandi, el padre de Sandina.

¡Me armé de valor y me acerqué a ella con una confianza... como si la hubiera conocido de antes!

- ¿Usted es Maribel? -pregunté.

- ¿Y usted quién es?

Le dije: soy Marcelo Marcel, hijo de Herminia Marcel, sobrino de Atia, la esposa de *Lolón*.

Y ella me respondió: "*Lolón es mi tío*". Me preguntó qué deseaba y le dije que necesitaba trabajar. "Estudié Administración y Supervisión Escolar, dije, pero no tengo el título porque debo dinero en la universidad", le expliqué. Me dijo: "Espérame en el comedor". Fui y duré esperando, aproximadamente de nueve de la mañana hasta las doce del mediodía. Cuando salió me dijo: "¿Puedes venir en la tarde?, es que no tengo tiempo ahora. Voy a despachar". Le dije: "Está bien".

Me fui para mi casa y a la 1:20 p. m. regresé al centro. Ella llegó como a las 1:50 p. m. y me dijo: "Cuando entren los niños a sus aulas, entra a mi oficina". Entraron a las 2:00 p. m. y esperé cinco minutos para entrar a su oficina. Lo primero que me preguntó fue "¿que tú has escuchado de mí en la comunidad?". Le dije: "que eres la peor persona". Entonces, ella me preguntó: "¿Y por qué quieres trabajar aquí? Le respondí: "No juzgo a nadie sin primero conocerla y tratarla". Me miró a los ojos y me dijo: "Me caíste bien por ser sincero... y voy a ser sincera contigo: esta escuela es semioficial, patrocinada por Inglaterra. [El Ministerio de] Educación tiene una parte del personal y la institución tiene otra parte. Por ahora, no hay vacante. Si deseas venir a diario -para cuando falte un maestro y lo cubras-, la puerta está abierta". Así lo hice a diario durante tres años.

En el 2008 al profesor Robert le salió un traslado para su pueblo. Entonces, de la institución COPA (Community Partners Association), me evaluaron y me dieron el puesto de profesor. Pero, por no tener mi título sólo me daban RD\$2000 por las dos tandas. Impartía Sociales y Naturales en 7mo y 8vo grados. En el 2009 enviaron a otro maestro nombrado [por el Estado] y me sacaron, pero no me despidieron. Me enviaron a trabajar a la biblioteca.

Para resumir, en el 2012 la directora me pidió una copia de mi cédula y, antes de un año, salí nombrado. ¿Por qué salí nombrado sin tener mi título? Salí nombrado porque la directora me evaluaba a cada rato y me decía que yo podía ser un buen maestro. Ella me ponía pruebas y decía que era muy especial en educación porque trabajaba por vocación. Ella dijo que antes de ser jubilada haría lo imposible para que me pudieran nombrar. A través de la institución y la política logró que me nombraran sin tener título.

En el 2013, por ser empleado del Ministerio de Educación, solicité un préstamo. Entonces fui a solicitar el título a la Universidad O&M, pero me dijeron que ya no tenía derecho a esa carrera porque había pasado demasiado tiempo. Regresé a mi casa y me inscribí en Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Ya voy por 34 materias.

Me casé y me fue mal en el matrimonio. Pero, eso no me detuvo, seguí. Pude comprar mi jeepeta, construirle la casa a mi mamá y también mi propia casa. En el 2018 me llamaron porque mi papá estaba desvariando y, sin pensarlo, lo fui a buscar. Ahí lo tengo: dándole lo que él no me dio y él se siente contento con lo que hago con él.

Por Juan Alberto Amtuan Vill (1988)

Batey Sabana Larga de Gonzalo, Monte Plata.

Era el final del primer periodo del doctor Leonel Fernández.<sup>8</sup> Papá se fue a trabajar para La Romana. En el Batey 18 mamá y mis tres hermanos teníamos tres tareas de tierra. Todos los días tenía que ocuparme de mis hermanos para que mamá tuviera la oportunidad de buscarnos la comida. No soportaba a mi mamá ¡todos los días!: “*Guimi, le ve okipe ti moun yo*”/ “*Guimi, párate de la cama y atiende a los niños*”.

Para mí no era la mejor idea porque no me gustaba cocinar, pero estaba obligado a hacerlo por ser el mayor. Un día le dije a un joven (amigo y vecino) que les cocinara a mis hermanos, que [en cambio] me iba a encargar de su trabajo. El trabajo de Timoteo era echarle gasoil a un tractor. El aceptó... con la condición de que lo sustituyera en su trabajo: ¡Y yo muy alegre!

Él cocinó la comida, pero Timoteo tenía por costumbre almacenar gasoil en la casa para prender candela... y también tenía por costumbre rociar aceite en el momento de tapar el arroz. Entonces, pensando que era aceite, Timoteo roció un chin<sup>9</sup> de gasoil en el arroz: el caldero echó un humazo y mi amigo gritó: “¡Wao, wao! ¡Le eché gasoil!”. Mi tío Enes, que también era vecino, le dijo en creole: “*Mange an pa gen anye*”/ “*La comida no tiene nada*”. Luciana y yo comimos la comida. Pero, después de cinco minutos, comenzamos a vomitar. Toda la gente que venía a vernos decía: “Esto es puro gasoil”.

Como me gustaba ir a la escuela, a las dos de la tarde me fui, pero en la escuela me fui en vomito.<sup>10</sup> Mi profesor Kilbio M. me preguntó: “¿Qué pasa? ¿Por qué huele a gasoil? ¿Acaso tomaste gasoil?”. Le contesté: “No. Comí una comida que tenía gasoil. Comí la comida porque no había de otra,<sup>11</sup> Profe, y si mamá se da cuenta de que no cociné, será un tremendo lío porque me va a meter una pela”.<sup>12</sup> Entonces, mi profesor me llevó al médico. Allí me hicieron un lavado de estómago (a mí y a Luciana) y nos inyectaron. El profesor nos trajo de vuelta a casa y nos compró fideos para hacer una sopa.

Desde aquel día, mi mamá se daba a la tarea de llevarnos con ella para el conuco. A veces amanecíamos allí, en una cama de palo forrada de yagua.<sup>13</sup> Una cama grande para mí era el suelo... con un par de mudas de ropa tendidas en él. Era un espacio donde solo se escuchaban grillos y [podía] ver la inmensa oscuridad. Tuvimos que vivir así más de tres años, pero ella siempre se acordaba de mandarnos a la escuela a tiempo.

Yo también me dediqué a trabajar porque moría de lástima cuando veía a mamá con una azada y con un machete bajo sol y lluvia. Lo que le pagaban tampoco cubría los gastos porque

<sup>8</sup>Dr. Leonel Fernández Reyna, expresidente de la República Dominicana. Primer Mandato 1996-2000.

<sup>9</sup>Poquito

<sup>10</sup>Vomitarse sin parar

<sup>11</sup>No tener otra opción

<sup>12</sup>Golpearlo. Castigo físico. Puede ser con una correa, un palo, etc.

<sup>13</sup>Tejido fibroso que rodea la parte superior y más tierna del tronco de la palma real.

**Juan  
Alberto  
Amtuan Vill**

eran RD\$15 y RD\$20 que ganaba. Aunque las cosas no eran muy caras, no era suficiente para comer todos los días. Mi trabajo era mudar caballos, buscar leña y agua... que se escaseaba mucho. A veces tenía que caminar hasta a 18 kilómetros para buscar el agua.

Después de varios años, mamá tuvo una nueva relación con mi padrastro... y las cosas fueron cambiando.



Por José Bernardo (1989)

Ramón Santana, San Pedro de Macorís.

Nací en el distrito municipal Ramón Santana, sección Margarita. Por aquel entonces, mi madre vivía en el batey Lima. Según mi madre, cuando yo tenía uno o dos años, el señor que nos engendró se marchó, dejándonos a mi hermana de nueve meses [y a mí] en el abandono paternal, y a mi madre sola, sin dinero, sin alimentos y sin un lugar [hacia] dónde coger.

Gracias a Dios, mi madre siempre fue y ha sido una mujer que le ha gustado trabajar para tener lo que necesita. Ella me narró que, al quedar en el abandono en aquel batey, tuvo que ponerse a trabajar en la siembra y cultivo de la caña, y en el lavado de ropa para poder sostenernos. Poco tiempo después, mi madre conoció a un señor -el padre de su tercera hija-, pero resultó ser también un abusador. Luego de que la embarazó, se fue y la dejó. Mi hermana ya es mayor de edad y es estudiante de término de la carrera de Psicología, mención Educación, y aún su papá biológico no ha aparecido.

Las situaciones que mi madre ha venido pasando no son paja 'e coco. No es cualquier mujer que, a pesar de todo, lucha para sacar a sus hijos adelante, sin [los] padres y sin ayuda. Yo soy mellizo, pero mi pareja era hembra. Ella murió a los pocos meses de haber nacido. Son cosas que han marcado a mi madre de por vida. A ella se le abrió otra puerta cuando conoció a otro hombre. Estando embarazada de mi hermana (la que es casi Psicóloga), este señor la sacó del batey y la llevó a otro campo, Arroyo Grande. Allí fui cogiendo uso de razón... asistí a la escuela y a una iglesia por primera vez.

Recuerdo que en aquel campo -aún con mi poca edad- tenía que levantarme a horas muy tempranas de la mañana para hacer las tareas que me asignaban. De lo contrario, me calentaban bien de bien las nalgas con correazos o con un fuate de tamarindo. Tenía que levantarme a las cinco o seis de la madrugada para buscar agua en una bestia llamada Rosa. Salía a buscar [el agua] a pie al pozo que estaba a, más o menos, un kilómetro de la casa; tenía que buscarles la comida a los puercos; tenía que buscar leña; le tenía que llevar el desayuno a los trabajadores en la loma y, por ahí mismo, quedarme para repasar los huertos, recoger basura o hacer cualquier otra tarea que se me asignaba en la loma. Pero tenía que bajar a las doce para hacer otras tareas en casa... como buscar más agua, bañarme, llevar la comida a la loma (si no era muy lejos) e ir a la escuela.

Al regresar de la escuela tenía que buscar agua para que los viejos y niños pequeños se bañaran. Como no podían hacer esas actividades, yo buscaba agua de nuevo y daba comida a los puercos (para que no pasaran la noche sin comer) e iba a mudar a los animales para que comieran. Como yo dormía en el suelo, también arreglaba los trapos donde me acostaba. Los tenía que poner al sol porque yo, todavía, me meaba en la cama.

Como niño, no tenía tiempo de recreación. Pero así fue todo... hasta que tuve los nueve años y pico... luego del ciclón George. Mi mamá empezó a tener serios problemas con mi padrastro, por lo que ella decidió salir del campo hacia la ciudad... hacia un barrio en Fundación, llamado Villa Guerrero. Era uno de los barrios más grandes de la provincia El Seibo.



**José**  
**Bernardo**

Cuando nos mudamos a El Seibo, en Fundación, ya mi madre tenía dos hijos de mi padrastro. A veces él iba y se quedaba a dormir. Producto de eso nace mi hermano más pequeño (en el año 2000), pero luego del embarazo la relación de mi madre con mi padrastro se terminó definitivamente.

Después de esa separación, empezó otra etapa de nuestra vida. Seis hermanos para mi madre criar y cuidar bajo todas las condiciones [y darles] educación, valores, salud, alimentación y, sobre todo, nuestra protección. Ahora mi madre tenía que salir a las calles de El Seibo con una ponchera en la cabeza llena de lo que fuera para vender y conseguir nuestro sustento. Como yo era el mayor, recuerdo que salía por las tardes con mi madre para limpiar zapatos a dos y tres pesos... mientras que ella vendía maní, palomitas y dulces. Eso era aparte de la venta que ella hacía en las mañanas con su ponchera a la cabeza. A mis trece años conseguí un trabajo en una pollera. Allí trabajé durante ocho meses y salí porque peleé con un compañero que me quemó los pies con agua caliente. El "compañero" era un hombre de unos 30 años y yo, con apenas trece, pero aun así no tuve miedo y nos fajamos.<sup>14</sup>

Aunque yo trabajaba, nunca pensé dejar mis estudios. Además, mi madre nos motivaba siempre para ir a la escuela y a la iglesia. Eso no era "que si queríamos". Era obligatorio que teníamos que ir. Al salir de la pollera, empecé a trabajar con un cibaño que tenía un campo. Me iba con él por la madrugada y regresaba de doce a una de la tarde para poder ir al liceo. Cuando llegaba, tenía que prepararme para el liceo, que me quedaba lejos. Por eso a veces llegaba tarde y sudado.

La gran mayoría de las veces iba con hambre porque mi madre apenas empezaba a cocinar cuando yo llegaba del campo, ya que ella salía por la mañana a vender, y regresaba a las doce a casa. Yo estaba cursando dos grados a la vez, acelerado, pero tuve que renunciar a seguir estudiando de tarde porque iba demasiado forzado. Tenía que hacer las tareas en las noches y el tiempo no me alcanzaba. Por eso tuve que pasar a estudiar los domingos en el programa PREPARA.<sup>15</sup>

Cuando pasé a estudiar los domingos también dejé de ir al campo y busqué un motor AX-100 para conchar. ¡Tenía que pagar RD\$100 diarios [por el alquiler del vehículo] y yo no sabía ni manejar motores de cloche! ¡Se me apagaba con los clientes! Y cuando se me apagaba, para no perder a los pasajeros, culpaba al motor usando la excusa de que estaba dañado.

Mientras yo estudiaba en el liceo, me decía: "una vez que termine el bachiller, me iré de inmediato a la universidad para estudiar Informática". Entonces me gustaba mucho la informática, pero desde que cumplí la mayoría de edad -cursando la secundaria- mi vida se empezó a tornar color gris con [tendencia] a oscurecerse porque -para seguir estudiando- me pedían la cédula de identidad.

Gracias a Dios (y, luego, a mi inteligencia), siempre le hacía falsas promesas a la directora porque ya estaba teniendo problemas para obtener la cédula de identidad.

Recuerdo la primera vez que fui a la Oficialía de Ramón Santana la oficial me dijo: "No te podemos dar un acta para fines de cédula porque tus padres son haitianos". Salí llorando

<sup>14</sup>Fajarse, en este contexto, hace referencia a darse golpes mutuamente. Tómese en cuenta que el autor lo expresa como si el hombre de 30 y el niño de 13 años fueran pares, cuando -lo que estaba sucediendo- era abuso físico hacia un niño, abuso por estar trabajando, abuso psicológico, etc.

<sup>15</sup>Programa de Educación Básica y Bachillerato a distancia para adultos en República Dominicana.

de la Oficialía -con odio y rencor hacia mi madre- porque, en el momento, yo entendía que lo que me pasaba era culpa de ella... cuando no era así. No era su culpa, pero recuerdo que volví, y me dijeron lo mismo.

Sin embargo, eso nunca me quitó el sueño de seguir estudiando.

Ya había perdido varias oportunidades de empleo [por falta de mi documento de identidad]. Y también más años de mi vida estaban perdidos: al no poder hacerme bachiller, perdí cuatro años para entrar a la universidad. Y, cuando logré entrar a la universidad, tuve que parar mi carrera de comunicación social desde el segundo cuatrimestre hasta la fecha... por la falta de recursos económicos para poder costear mi carrera ya que tengo una familia. Tres hijos (dos biológicos y uno que es solo de crianza). Yo siempre decía que quería estar con mis hijos siempre porque no quiero que pasen lo que yo he pasado, ya que nunca conocí a mi papá, quien -luego de abandonarnos- nunca nos buscó.

En el 2006 murió y, luego mi mamá quería que yo fuera a su sepelio. Pero me negué rotundamente y no fui. Si tenía lágrimas en mi rostro no era porque había muerto, sino más bien porque mi mamá me lastimó al decir que fuera... cuando él nunca se importó por nosotros. ¿Por qué tendría yo que importarme por él? ¡Y mucho menos su muerte! Era su entierro: él murió y no lo perdoné porque nunca vi bien lo que hizo con mi mamá cuando no le importó si comíamos o vivíamos... Nada le importó... Entonces, ¿Por qué él tenía que importarnos? Y, mucho menos, muerto. Tuve que gritarle a mi hermana: "¡Si quieres vete tú, yo no iré para ningún lado! ¡Y no me moleste nadie más con eso!". Esas fueron mis palabras en el momento que insistían que fuera a su sepelio. Hasta un vecino se llevó su insulto porque me dijo que tenía que ir. ¡Ja, ja, ja! Dios mío... ¿Es que están locos? Le respondí: "¡No voy y no voy!".

No siento el mismo odio por él, pero no es que lo haya perdonado aún por marcar a mi madre. Y murió mi hermana melliza... a lo mejor porque él no estaba. ¿Cómo puedo perdonarlo? Yo sigo luchando... dando lo mejor de mí porque he logrado mucho a pesar de que he perdido mucho por la falta de mi documento [de identidad]. Ya tengo mi cédula, pero a veces es como si no la tuviera por los maltratos y los abusos hacia mi persona: siguen las vulneraciones de derechos.

Fui limpiabotas, motoconchista, echador de día [en el campo], recogedor de botellas, pollero y dependiente de un almacén. No fui un ladrón. Fui criado bajo valores y el buen ejemplo de sus familiares. A pesar de todas las dificultades, hoy día soy locutor, promotor de los Derechos Humanos y tengo varios cursos prácticos como artesano. También he sido coordinador -por cinco años- de la región Este en la organización sin fines de lucro Soluciones Comunitarias.

En el segundo mandato del gobierno de Leonel Fernández trabajé con el Despacho de la Primera Dama como artesano. Estuve allí por tres años y medio. Poco después fui el encargado de ventas de los artesanos de El Seibo. Fui supervisor de una emisora de radio del Centro Tecnológico Comunitario (CTC) de El Seibo. Fui encargado de un centro de monitoreo en el hotel Club Miami Miches. Fui supervisor de seguridad y he colaborado con organizaciones nacionales e internacionales.

El no tener un padre y la obtención tardía de mi cédula no fueron limitantes para seguir estudiando y formarme. Y, sobre todo, sigo luchando por un sueño que aún no he realizado: ser un licenciado en comunicación social. Aún no sé cómo, pero continuaré mi carrera.

*Por Malena Jean (1989)*

*Batey Victorino, San Pedro de Macorís.*

Tuve una vida [aparentemente] normal, pero diferente a los demás niños por la razón de que ellos tenían documentos y yo no. Mi madre tenía cédula haitiana. Ella daba a luz en casa. La partera y el alcalde le daban un papel, nada más por eso supe mi fecha de nacimiento. Fue en el año 2000 cuando tuve que separarme de mi madre: tenía 10 años. Migración se la llevó un lunes, cuando mi madre se fue de compras para la capital. Cuando la deportaron, ya ella había gastado el dinero [que llevaba encima]. De [la frontera Haití-Rep. Dom.] pasó a Los Limones<sup>16</sup> y trabajó allí recogiendo tomates, hasta juntar el pasaje para ella y su marido. [Para regresar] ella tuvo que vestirse de varón.

A mi madre le gustaba tener su conuco, hacer sus negocios, vender en su ventorrillo. Por eso no pasábamos hambre. A pesar de que no nos declaró (no digo que no la quería) para mí ella era todo. Aún me casé y tengo mi familia, ella siempre me daba su apoyo económico y físico. Siempre trabajaba para poder ayudarnos a echar para adelante. Ella cocinaba y vendía en el corte de caña. Ella se caía a veces; otras veces no vendía todo.

No sé, pienso por mis hijos. Tengo mis hijos, pero ninguno tiene documentos. Yo no tengo, y no sé qué hacer ¡Dios mío! En mi casa somos ocho personas (tengo un sobrino que está viviendo conmigo). Mi esposo es el único que trabaja. Si yo tuviera mis documentos pudiera ayudar, pero todo ahora mismo es 'tu documento'. Por eso quiero aprender muchas cosas nuevas, como en este taller... cosas que yo no sabía.

Mi madre era soltera. Mi padre dejó de visitarme un Viernes Santo. Él y mi hermano mayor fueron al batey donde estábamos. Él le dijo a mi mamá: "Vine a decirte que Malena irá para la capital a conocer la casa de su hermano mayor". Pero ella sabía sus intenciones y le dijo: "No. Ella no va". Mi hermana mayor le dijo: "Déjala ir, yo iré con ella". Pero, ellos dijeron "¡No!". A partir de ahí, dejaron de visitarme.

Mi madre siempre luchó con nosotros. Mi mamá realizó 'trabajos de hombre'. Hubo un tiempo en el que ella vivía con un hombre que nos hacía pasar miserias. Mi madre siempre decía: "yo voy a trabajar para mis hijos, no para mantener a un hombre". Tuvo [él] que dejar la casa y 'hablar de ella'.<sup>17</sup> Yo me pregunto, ¿qué pasará con todos esos niños indocumentados que tienen [derecho a tener] un buen futuro igual que todos? Yo considero que mi mayor problema es no tener documentos. Es importante tener identidad porque, en mi caso, soy una persona apátrida porque no soy reconocida, ni mis hijos. Esto impide nuestros derechos.

Estudié hasta el sexto curso sin documentos, pero quise seguir estudiando. Me había quedado en sexto, pero no cogí mis exámenes. Luego lo terminé y me inscribí en séptimo. Pasé al octavo e hice el año escolar bien, pero mi gran tristeza es que todos los demás cogieron sus Pruebas Nacionales, menos yo. Mi nombre no vino en la primera convocatoria<sup>18</sup> [y no pude

<sup>16</sup>Al parecer la autora quiso referirse a El Limón, un paraje situado en la provincia Independencia, que hace frontera con Haití.

<sup>17</sup>Criticarla ante los demás aludiendo a su comportamiento para intentar dañar su reputación.

**Malena  
Jean**

presentarme a examen]. Mi profesora me preguntó: “¿Qué pasa? ¿Por qué saliste del curso? Entonces, le dije: “Mi nombre no vino para la prueba”. “No te quedes”, me dijo, “...será para la segunda convocatoria”. “Está bien”, le contesté, pero con tristeza. Sin embargo, el director me dijo: “No te quedes en casa, tú puedes venir los domingos”.<sup>19</sup> Pero hablé con [Juan] Telemín,<sup>20</sup> me dijo que iba a hablar con el director porque quería saber qué pasó, por qué no vino mi nombre. Yo le contesté: “Por documentos, por eso, porque no había otra razón”.

Para mí, el no tener documentos, es un problema que hay que resolver. Si estoy enferma, no tengo un seguro médico, ni mis hijos. Espero en Dios que encontremos una solución a todo esto que, en mi caso, está por repetirse. Mi hijo tiene 13 años, está en séptimo grado, llegará a octavo y, cuando llegue [ese momento], será otro problema. Este año fue un problema más, luché mucho para que me lo aceptaran sin documentos. Tengo fe en Dios de que habrá una solución.

Mis hermanas y yo sufrimos mucho cuando se llevaron a mi madre. Nuestra hermana mayor vivía en Santiago. Tuvo que venir a traernos una compra y a cuidar de nosotras. Pasamos mucho, pero al regreso mi madre nos dijo:

- Yo no comía pensando en ustedes.
- Y nosotras tampoco —le dije.

Su regreso fue un lío. El marido fue en busca de ella. Tuvieron que pagar más. Mi madre tuvo que vestirse de varón porque no permitían mujeres en el viaje. Ella duró un tiempo en Barahona. En fin, que cuando ella vio que cruzó,<sup>21</sup> la felicidad era infinita.

Mi padre me abandonó, en el momento que más lo necesitaba. Mi madre tenía que hacerlo todo. Cuando había que ir a la escuela era ella. Cuando llegaban las fiestas: los zapatos, la ropa y todo, era ella. Ese momento no era de felicidad para mí, porque él [papá] vivía en la capital. Sí, con mi madre era feliz, todo era bien: “Tú sabes, tu mamá está contigo mi hija, yo te apoyo”, me decía. A pesar de que nos dejó sin documentos, siempre estaba para mí.

<sup>18</sup>La primera convocatoria se abre en el mes de junio.

<sup>19</sup>Los domingos eran los días de ‘clínicas’, el repaso intensivo de todas las asignaturas como preparativo para tomar los exámenes de las Pruebas Nacionales.

<sup>20</sup>Líder del Movimiento Reconoci.do en la zona de la Romana.

<sup>21</sup>Cruzar la frontera.



Por Simón Desentil, Danny (†) (1991- 2021)

Batey Altagracia, Hato Mayor.

Tengo 22 años. Mis momentos más difíciles fueron durante el transcurso de la escuela. Es decir, en la época en que tenía que hacer mis estudios porque en mi campo no hubo escuela. Y, a la que podía ir, estaba muy lejos. Éramos tres hermanos los que estábamos estudiando; yo era el más pequeño de ellos. Vivíamos en el batey Altagracia y la escuela estaba en otro batey llamado Milagrosa. La distancia era, aproximadamente, de 7 u 8 kilómetros, y no teníamos vehículo ni transporte público para viajar. Simplemente nos íbamos a piecito de Altagracia a Milagrosa.

Muchas veces no aparecía dinero para nosotros desayunarnos. Aun así, nos íbamos para la escuela. Nuestros padres siempre nos desayunaban en casa. Aunque muchas veces no aparecía el desayuno. Entonces, nosotros esperábamos lo que daban en la escuela, o sea, la merienda. Salíamos al receso a las 10:00 a.m. y ahí nos desayunábamos: un vasito de leche y un pancito, y con eso aguantábamos hasta las 12:00 p.m. Esa era la hora en la que nos despachaban.

Entonces nos tocaba regresar. Para salir a las 12:00 p.m. con el sol caliente, desde la escuela de Milagrosa a caminar esos 7 u 8 kilómetros, eso no era nada fácil. Pero, aun así, nosotros continuábamos. Así estuvimos todo el tiempo, durante todo el transcurso del año escolar. Cuando salíamos de la escuela, todos los muchachos íbamos comiendo caña entre los cañaverales. El regreso era muy difícil. Así estuvimos largo tiempo: caminando a pie desde Milagrosa hasta Altagracia, y viceversa.

Recorrimos todos esos kilómetros una y otra vez, hasta que logramos terminar nuestros estudios de Educación Básica, allá en el batey. Luego nos tocaba ir a La Romana a cursar el Bachillerato. Es en la ciudad donde hay Liceo, y donde podríamos continuar nuestros estudios. Nos sentimos muy felices, muy alegres de veras, por terminar la escuela primaria, pero -al mismo tiempo- sentimos mucha pena. Por dejar los viajes a pie nos sentimos felices, pero ya no íbamos a poder continuar estudiando. Eso nos entristecía, ya que en verdad el sueldo mínimo que ganaba nuestro padre no era suficiente para pagar el transporte diario para nosotros poder continuar estudiando en La Romana. Así que tuvimos que detener nuestros estudios. Ese momento... la verdad... no fue nada fácil. Aunque nuestro deseo era continuar y terminar nuestros estudios -y también era el deseo de nuestros padres-, lamentablemente el sueldo que papá ganaba era insuficiente. Solamente daba para el sustento de la familia.

El batey donde vivíamos -un batey de Central Romana-, era atrasado en el sentido de que no había escuela y no tenía luz. No había forma de que los muchachos que vivíamos en aquel lugar pudiéramos tener algún tipo de desarrollo o adquirir conocimiento. En ese batey no había luz ni nada con lo que uno pudiera progresar, pues lo único que se movía en aquel lugar era, solamente, el trabajo de la caña en el cual se ganaba un sueldo muy mínimo. Otra cosa era el trabajo en el potrero, al que se iba a *chapear*.<sup>22</sup>

Pero llegó el tiempo en el que el Central Romana decidió *romper*<sup>23</sup> el batey. Lo trasladó a otro lugar, que es un poco *más adelantado*,<sup>24</sup> en el cual estamos actualmente. Aquí hay luz,

**Simón**  
**Desentil,**  
**Danny**

hay internet y podemos decir que está un poco desarrollado. En él podemos desarrollarnos y muchos tienen la facilidad de continuar sus estudios. Aunque hoy en día no estamos en un buen trabajo, en el cual poder ganar un buen sueldo, pues seguimos ganando el mismo sueldo mínimo, pero con mejores facilidades.

Respecto a mi padre, hoy en día él no está trabajando porque ya es un señor pensionado. Como decía, nosotros somos tres hermanos; Miguel, Rosa y yo, Danny, o como mejor se me conoce, Simón, estamos viviendo en un batey ciertamente, pero con mejor ambiente.

Retomando lo de mi padre, él estaba indocumentado. Las personas que no tienen documento hacen el tipo de trabajo más bruto: los trabajos del corte de la caña y el chapeo. La verdad es que las ganancias son mínimas, que muchas veces no alcanza para la comida... por eso era que -muchas veces- cuando [volvíamos] de la escuela, al llegar a casa no había comida. En ocasiones, era cuando llegaba nuestro padre que íbamos al colmado a comprar *fiado*,<sup>25</sup> muchas de esas veces comíamos de las 5:00 p.m. en adelante. A veces nos quejábamos y nos desanimábamos, pero siempre nuestros padres nos animaban... nos daban fuerzas para seguir hacia adelante con nuestros estudios.

Así que, a pesar de las circunstancias y la crisis, con el apoyo de nuestros padres y de sus consejos, nosotros avanzamos. Aunque no terminamos el bachiller, pero por lo menos hicimos el octavo, porque hasta ahí era que llegaban en el batey. No continuamos [hasta el] Bachillerato porque, como expliqué, no había Bachillerato en la escuela del batey, y en aquel tiempo no había transporte como en la actualidad. Ahora hay transporte que lleva a los estudiantes a la ciudad.



<sup>22</sup>También *chapiar*. Limpiar la tierra.

<sup>23</sup>Cerrar el batey, trasladándolo a otro lugar.

<sup>24</sup>Con mejores condiciones de servicios básicos para sus habitantes.

<sup>25</sup>Fiado.

Ruth Pérez<sup>26</sup> (1992)

*Batey Mata los Indios, Monte Plata.*

Batey Mata los Indios. Allí nací y crecí. Vengo de una familia pobre. Mi padre era picador de caña. Allí podíamos correr libres por la sabana e ir a los cañaverales a comer caña y a cortar el pendón de la caña para hacer chichiguas. Allí, hombres y mujeres cortaban caña. Siempre le preguntaba a mi papá por qué le llamaban a este batey "Mata los Indios" y él me respondía en su idioma ligado de español y haitiano: "*Ruth, ese batey llaman así puquí viven indio primel que nosot*".

Veía a mi papá como un hombre sabio porque él trabajaba y hacía la compra. Iba y venía a Santo Domingo sin que la migra lo agarrara. Algunas personas no salían del batey por esa razón: para que los de Migración no los [agarrasen]. Como mi madre: ella tampoco salía. Era muy tímida y no sabía hablar español en dominicano como decimos. Ella se dedicaba a cocinar, lavar y atenderme a mí y a mi sobrina, quien es nieta de mi madre. Había venido a vivir con nosotros después de la muerte de su madre.

Como éramos cristianos, mi madre solo hablaba dominicano cuando le daban una oportunidad en la iglesia. Porque en la iglesia había dominicanos y haitianos y ella decía: "A tu nombre elposo mío Jean Tomaso", el cual era el nombre de mi papá y seguía diciendo: "yos pestenese inglesia camin de lu". Era de poco hablar, pero reí mucho por eso... todos le preguntaban a mi papá [qué quiso decir].

Al cumplir once años (estaba en 6<sup>o</sup> grado<sup>27</sup> en ese tiempo), pasó algo que cambió mi vida para siempre. Un día, en el Centro Educativo Mata los Indios (donde estudiaba), tuvimos un recreo bien largo. Ese día hice todos los juegos posibles con mis compañeros: jugar "La sogá", "El topá'o", "El agarra'o"... Fue un momento feliz. Lo que no sabía era que, al terminar el recreo, iba a [recibir] un golpe duro.

Cuando estábamos dentro, el profesor comenzó a llamar a un grupo. Uno por uno nos llamó por nuestros nombres y nos dijo: "A los de ese grupo que llamé: no tienen acta de nacimiento. Díganles a sus padres que, si no les buscan sus actas de nacimiento, se van a quedar fuera de la escuela". Cuando escuché eso, me puse a llorar solo con la idea de que me iba a quedar fuera de la escuela. Cuando llegué a mi casa, eran las 12 del mediodía. Mi papá había llegado del corte. Le conté -como siempre- lo que me había dicho el maestro. Él me dijo, con voz de no mucha seguridad: "Tranquil Ruth, vamos aregla ese problem". Pero por mucho que lo intentara no podía arreglar lo del color negro y de los moño<sup>28</sup> de tusa<sup>29</sup> como decíamos. No escapaba de esa identidad y siempre terminaba dando explicaciones de por qué no podía ignorar a mi padre, mi superhéroe... y a mi madre, sencilla y cariñosa.

<sup>26</sup>Los nombres que figuran en el relato han sido cambiados.

<sup>27</sup>6<sup>o</sup> de Educación Primaria.

<sup>28</sup>Pelo, cabello.

<sup>29</sup>A las mujeres con el pelo crespo se les dice "moño malo", "moño de tusa", etc., haciendo referencia (como insulto o degradación) a la ascendencia africana. El "pelo bueno" y "pelo lindo" es el lacio o un ondulado suave. Muchas mujeres se hacen un proceso químico (desrizado) para evitar mostrar el pelo rizado natural.

La verdad es que crecí en un hogar de amor, aunque con limitaciones, claro: en un *barracón*<sup>30</sup> de esos que Trujillo<sup>31</sup> había construido. El zinc era viejo... con muchas goteras. El *barracón* era una casa que solo tenía una sala y estaba dividida en sala y habitación. En la sala: para cocinar y hacer todo. En la habitación dormíamos los cuatro: mi mamá, mi papá, Ana y yo. Cuando anunciaban un tiempo de ciclón, mi mamá miraba el techo y decía: "¡jummm!". Y así pasamos mucho tiempo. En vez de mejorar, las cosas empeoraban cada vez más. No sé qué pasó porque no tenía mucha información, solo escuchaba decir: "Van a cerrar el ingenio de Cruz Verde<sup>32</sup> y van a quitar la caña". La gente decía: "*Tout Bagay fini*",<sup>33</sup> en creole. Cuando cerraron el ingenio Cruz Verde, la gente de Mata los Indios se quedó sin empleo... en el aire o en el limbo. ¿Qué se podía esperar? Porque eran migrantes haitianos que vinieron a picar caña.

En medio de todo ese mal, nació un rayito de esperanza. Recuerdo que Hipólito Mejía<sup>34</sup> estaba en el poder. Según la gente, él había dicho que a todos los que habían cortado caña por largo tiempo, tenían que darle un pedazo de tierra. En ese caso, mi papá no quedaría fuera, pues el pobre había echado toda su juventud picando caña. [Y sí, luego] se consiguió una parcela para todos los picadores de caña. Mi papá era muy buen agricultor. Se dedicó a sembrar yuca, batata, maíz, entre otros. Este rayito de esperanza no duró para siempre. Sucedió lo más malo que le pasa a un ser humano: sembrar y no *descosechar*.<sup>35</sup>

Yo tenía 17 años. Recuerdo que era tiempo de siembra. Mi papá preparó el terreno. Con pico y azada araba la tierra, y surcó para la batata. Cuando mi sobrina y yo íbamos a llevarle el desayuno, recuerdo cómo él se agarraba la espalda del dolor que le provocaba el trabajo. Era una tierra dura y, cuando le llevaba el almuerzo, él almorzaba y continuaba con el trabajo. Pasó el tiempo de la siembra. Era tiempo de descosechar, pero -como dije- se acabaría la esperanza.

Un día apareció un grupo de gente con pistolas. Algunos iban vestidos de [uniforme de la] Policía y decían: "Estas tierras no les pertenecen a ustedes", y enseñaban papeles. En ese tiempo, ya Hipólito no era presidente, sino Leonel Fernández.<sup>36</sup> Al principio, algunos se resistieron a abandonar su parcela, pero de todas formas los despojaron. Esa gente era muy mala porque no tuvo compasión de los ancianos que no tenían familia y que solo producían algo en la tierrita para su sustento.

Mi papá se resistió a entregar su parcela porque él había trabajado muy duro, pero el hombre que quería su parcela era malo y agresivo. Amenazaba a mi papá con matarlo, si no abandonaba la parcela. Un día, ese hombre apareció en mi casa y, con él andaba su grupo de *lambones*.<sup>37</sup> Él llegó con una metralleta. Ese día, el patio se tornó gris y yo temblé como una hoja... como cuando el viento sopla sobre ella. Y yo decía: "¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!: cuida a mi papá".

Ese día, él se fue. Cuando se montó en la *jeepeta*,<sup>38</sup> él le dijo a mi papá: "Tú vas a salir de la parcela a la mala porque yo te voy a sacar". Lo más duro fue que ese hombre mandó a echar

<sup>30</sup>El barracón es el lugar donde vivían los esclavos que trabajaban en los cortes de caña.

<sup>31</sup>Rafael Leonidas Trujillo (1891-1961) dictador dominicano de 1930 a 1961.

<sup>32</sup>Para más información visite: <https://hoy.com.do/cruz-verde-miseria-y-abandono/>

<sup>33</sup>En español: "Todo ha terminado". La autora lo escribió atendiendo a la fonética: "tun bagay fini", pues su conocimiento del criollo haitiano es oral.

<sup>34</sup>Hipólito Mejía, 64º presidente de la República Dominicana (2000-2004).

<sup>35</sup>Recoger la cosecha.

animales (como vacas y caballos) a la parcela. Los animales destruyeron todo el conuco: lo poco que quedaba. Mandó a sus hombres a sacarlo. A mí me dolió tanto esta situación... porque todo el esfuerzo de mi papá terminó de esa manera.

A pesar de todo eso, mi papá no se daba por vencido. La gente decía: "Esa gente ni cédula tienen y están peleando por tierra". Esos haitianos están locos". Me sentía frustrada, pero tan frustrada con aquella situación, que un día comencé a pensar: "¿Por qué tenemos que ser haitianos?". Y salí a caminar hasta un puente donde pasaba el río El Cañito... con la intención de tirarme. En ese momento, un señor apareció y me dijo: "Siervita, ¿qué tú estás haciendo? ¡Pero, no hagas eso!". Y yo le dije: "Déjame, déjame... estoy cansa' de tantas cosas". Y el señor me convenció de que me fuera a mi casa.

Como éramos cristianos, nos quedó solo refugiarnos en la fe. Algunas gentes decían: "Dios va a hacer justicia". Aquella situación que viví hizo un daño muy grande en mí. Como dije antes, había cambiado de apellido, pero no había escapado de la realidad: era haitiana y negra. Todo me delataba: el color de piel, el cabello y todo lo que indica que eres haitiana.

Cuando terminé el bachillerato tenía 19 años. Llegó el momento de ir a la universidad y me mudé -con una amiga- a Santo Domingo. Era difícil porque ahí había empezado el mayor reto: la situación que vivía en el batey no se quedó en el batey, sino que se mudó conmigo a Santo Domingo porque tenía en mi mente que era haitiana y que no tenía derechos. Me daba miedo hablar o dar mi opinión en grupos porque estaba intoxicada. Me daba brega conseguir empleo por miedo de ser denigrada por mi color porque aquella vez que le quitaron la parcela a mi papá fue por ser haitiano, ya que solo se lo quitaron a los migrantes. Debido a eso, yo tenía pocas amistades.

Viviendo en Santo Domingo fui a visitar a un primo en Sabana Grande de Boyá (para pasar una temporada). Allí, en esa visita, conocí a un joven. Era un tanto extraño, negro, flaco y usaba lentes. Se acercó a mí, conversamos... Conversación que me gustó. Un día pasé al lado de su casa. Lo saludé. Parece que mi saludo le había provocado alguna impresión al joven. Al día siguiente, en casa de mi primo, su esposa había preparado la cena y dio la casualidad de que ese joven era compadre de mi primo y hermano de su esposa, y estaba invitado a la cena. Estaba sorprendida porque no lo esperaba.

Cuando terminó de comer, el joven comenzó a hablar conmigo sin parar. Me habló del déficit fiscal, de los derechos humanos y de la Resolución 012. También me preguntó si tenía novio. Estaba atónita. Y yo me decía por dentro: "¿Qué le dio?". Y, luego, comenzó a hablar de los derechos de los migrantes haitianos y sus hijos. Me quedé escuchando lo que decía. Era extraño, de repente lo quería seguir escuchando hablar. No sé qué pasaba... si me gustaba él o era por el tema que me estaba hablando (de los migrantes haitianos) ... tal vez era por las dos cosas.

Cuando llegó el tiempo de regresar a mi casa, mientras le pasaba un número al pastor de aquel lugar, el joven me preguntó: "Y a mí, ¿qué me vas a dar?". Y le dije: "Lo que tú quieras". Creo que estaba convencida de lo que dije. En ese momento, pasé de tímida a abierta. La

<sup>36</sup>Leonel Fernández, a la fecha, ha sido presidente de la República Dominicana en los siguientes períodos presidenciales: 1996-2000, 2004-2008 y 2008-2012.

<sup>37</sup>Adulón

<sup>38</sup>Vehículo todoterreno

amistad se fue estrechando hasta que, un día, me dijo: ¿Quieres orar conmigo? Se refería a ser su novia. Así decimos los evangélicos cuando nos gusta un chico o una chica. Y yo le dije que sí. Ese joven, que hoy es mi esposo Daniel Ernesto, era activista de Reconoci.do. Pasaba horas hablando conmigo sobre los derechos de los inmigrantes haitianos, pero el problema del que me había librado cuando tenía once años, volvería a mí en el 2012.

Daniel Ernesto estaba afectado por la resolución de JCE.<sup>39</sup> A pesar de que éramos novios, no nos podíamos casar porque él no tenía cédula. Otra vez había entrado a otra situación similar a la que viví cuando tenía once años. Era fuerte porque los evangélicos no pueden durar más de un año de noviazgo. Regla del Concilio. Como el tiempo pasaba y Juan no conseguía la cédula para podernos casar, algunos hermanos comenzaban a murmurar y otros dejaban de hablarme. Especulaban que Juan no iba a casarse conmigo y que, tanto él como yo, éramos charlatanes.

La gente también decía: “Tú tienes problemas: eres haitiana y te vas a casar con otro haitiano”. Yo tenía una vecina que vivía a tres casas de la mía, y un día me llamó -dizque para aconsejarme- y empezó a decir: “Ruth, tú tienes que casarte con un dominicano para refinar la raza. Tú ves: yo refiné la raza”.<sup>40</sup> Ella tenía tres hijos de tres padres diferentes y ninguno la mudó. Los tres eran dominicanos. Llegué a sentirme mal, frustrada... queriendo soltar la toalla y aceptar los comentarios destructivos y racistas de la gente, pero esta vez era diferente: tenía otro héroe, que era Daniel Ernesto... con tremenda forma de pensar y defender sus derechos.

Cuando lo conocí, ya él había superado un poco toda la frustración que vivía por la falta de su documento. Escuchando hablar de Reconoci.do -todo lo que hacía Reconoci.do-, yo también me integré. Iba a algunas marchas. Me volví fanática de Reconoci.do más que los propios integrantes porque cuando escuchaba las charlas que daban, me daba cuenta de lo errada que estaba la sociedad y me daba ánimo para seguir esperando a que Daniel consiguiera sus documentos y podernos casar. Más tarde, después de muchas luchas y marchar en frente de la JCE, marchas en las que temía que Daniel perdiera su vida porque muchas veces llegaron a apresarlo, él logró conseguir su cédula. Sucedió luego de la promulgación de la ley 169-14<sup>41</sup> (2014).

El 30 de diciembre de 2017 nos pudimos casar. Después de dos años casados, reingresé a la universidad O&M, donde estudio Educación en el área de Lengua Española. Puedo decir que conocer a Daniel y a Reconoci.do me enseñó a amarme y a estar clara de mis raíces: soy dominicana de ascendencia haitiana. Me enseñó a caminar con seguridad y, sobre todo, a sanarme. He creado una barrera: cuando ando en la calle y escucho que me llaman “morena”, me volteo para mirar con orgullo.

En cuanto a Mata los Indios, es doloroso verlo sumido en la pobreza extrema, marginado y olvidado. Cuando visito a mi papá, le pregunto si quiere venir a vivir conmigo a Sabana Grande de Boyá. Siempre me dice: “*Ruth, yo soy viejo... ya no moleta mucho*”. Pero, en aquel batey donde él antes era libre para criar a sus animales, ahora todas las tierras están privatizadas.

<sup>39</sup>Junta Central Electoral de la República Dominicana

<sup>40</sup>Para más información visite: <https://acento.com.do/opinion/refinar-la-raza-8159211.html>

<sup>41</sup>La Ley 169-14 o Ley de Naturalización Especial fue una ley promovida como consecuencia de la Sentencia 168-13 del Tribunal Constitucional de la República Dominicana que creaba un riesgo inminente sobre el derecho a la nacionalidad de los descendientes de extranjeros nacidos en la República Dominicana entre 1929 y 2007.



*Por Miguelito Teodo Lafler, Rubén (1995)*

*Batey Km 8, El Seibo.*

Nací un miércoles en el Hospital General Dr. Teófilo Hernández de la provincia de El Seibo en República Dominicana. Soy el decimoprimeros de los hijos de mi madre, y el segundo hijo de mi padre. Soy originario del batey Kilómetro 8 del Distrito Municipal de Santa Lucía.

Desde pequeño tuve que conocer el dolor y empezar a vivir con la ausencia de un ser querido. Mi madre murió cuando yo apenas tenía cuatro años. Tuvo problemas respiratorios. Era asmática. Fueron los momentos más duros y difíciles de mi vida; aunque era pequeño y no entendía muchas cosas, el dolor estaba conmigo.

Dos años después, mi padre volvió a unirse a una mujer que fue traída desde Haití. Con ella conviví toda mi infancia hasta mi adultez. Las relaciones con mi madrastra, en su inicio, fueron buenas (siempre estuvo pendiente de mí, de que comiera, etc.), hasta que nacieron sus hijos, mis hermanastros. Todo cambió rotundamente en la casa; ya no se me atendía como antes, no se estaba pendiente de mí, de mis preocupaciones... ni siquiera se me lavaba la ropa. En fin, tuve que aprender a valerme por mí mismo en el desarrollo de mi formación.

Yo recuerdo que iba al arroyo a lavar mi ropa. Yo compraba mi ropa con el dinero que conseguía haciendo una que otra chiripa (cultivar, vender mango, etc.) y, además, ahí mi abuelo empezó a suplirme algunas cosas, al igual que mis hermanos maternos.

En el ámbito educativo no tuve mucha participación, no me gustaba estudiar y no tenía una figura que me motivara y, a su vez, me exigiera dar lo mejor de mí en los estudios. Siguiendo ese mismo ámbito, recuerdo que -en una ocasión- me dio un mareo mientras estaba en la escuela, producto del hambre por lo cual mis profesoras Magali A. y Justina R. me atendieron y me buscaron alimentos y, no solo ese día, siempre me llevaban alimentos a la escuela para que yo estuviera sano. Dicho esto, ya se puede imaginar que el aspecto económico de mi familia no era bueno.

Mi padre era bueyero de la empresa Central Romana. En su deseo de conseguir más dinero, me llevaba junto a mi hermano, Miguel Ángel, a las cinco de la madrugada a cortar caña o cultivarla. Era una manera de obtener más ingresos económicos de los cuales nunca nos dio beneficios directos por nuestra labor dura y continua dentro de esos cañaverales infernales que tanto daño le producía a nuestra piel joven y sencilla. En esa faena nuestro sustento era aguacate con pan y agua de azúcar [hasta la hora de] retornar a la casa en horario de la tarde.

Mis relaciones interpersonales dentro del batey no eran muy buenas. La mayoría de los muchachos me tenían temor porque yo siempre fui muy brusco con ellos y siempre estaba aislado por cuestiones de tristeza, y una crianza despreocupada y poco afectiva. En mi desinterés por la vida, dejé los estudios... alegando que, sin poseer documentos, no valía la pena matarse estudiando, aunque estos solamente se me habían perdido.



**Miguelito**  
**Teodo Lafler,**  
**Rubén**

Para el año 2010, con quince años, mi vida dio un giro de 180 grados. Entregué mi vida a Jesús y empecé a pertenecer a una iglesia cristiana que existía en el batey. He vivido mis mejores momentos dentro de la fe cristiana. En los pasos por la fe retorné a los deseos de vivir, de ser útil y productivo para la sociedad en la cual vivía, aprendí a perdonar, volví a la escuela y le eché ganas a las cosas que hacía, dejando atrás el pasado de dolor, tristeza, decadencia y precariedades.

Confieso que hoy soy un líder comunitario, me preocupan las personas y trabajo por el bienestar colectivo sin esperar recompensa alguna en esta vida. Terminé mis estudios primarios entre la escuela del Kilómetro 8 y la escuela Gregorio Altagracia Medina (a más de 5 kilómetros de mi casa, yendo a pie o en bola). Terminé los estudios secundarios en el liceo Sergio A. Beras, en su modalidad Prepara, y estoy cursando una carrera en la Universidad Autónoma de Santo Domingo en la extensión de Hato Mayor. Todo porque un día conocí a Jesús y le entregué mi corazón.

Existe un hecho trascendental en mi vida que no puede pasarse por alto. Cuando entré a la secundaria, ya tenía mi mayoría de edad (19 años) y tenía ya la necesidad de trabajar (una porque el liceo estaba en el pueblo y tenía que trasladarme a más de 8 kilómetros, y otra porque ya era un hombre y tenía que empezar a valerme por mí mismo).

Entonces, empecé los trámites normales para sacar mi cédula de identidad, la cual me fue negada, alegando que era hijo de inmigrantes haitianos.

Durante algunos años, me dirigía a la Oficialía [del Registro Civil] para resolver esta situación y no tenía éxito alguno. Llegué a cansarme y sentirme frustrado por tal situación: no ser reconocido como dominicano habiendo tenido toda mi vida en este país y con un acta de nacimiento que bien decía que era propio de este país.

En el año 2015, después de muchas luchas, la intervención y defensa del movimiento Reconoci.do y personalidades y grupos que trabajaban el tema del reconocimiento de la nacionalidad en cumplimiento de la ley y los derechos fundamentales del ser humano, pude obtener mi cédula de identidad, hecho que marcó un hito en el desarrollo de mi vida: ya tenía los derechos y oportunidades de un dominicano en su país.

Actualmente soy miembro activo del movimiento nacional Reconoci.do en defensa de los derechos de los dominicanos de ascendencia haitiana. También pertenezco a la Red de Defensores de Derechos Humanos en República Dominicana y soy líder del movimiento comunitario Es por Ti de El Seibo, que va en ayuda de los más necesitados.



Por **Catiana Feliz Pérez (1995)**

*Batey Cuchilla, Bahoruco.*

Mi padre es maestro de construcción. [Antes] trabajaba con unos ingenieros que no son de este país. Le iba muy bien, ya que ganaba lo suficiente para sustentar la casa. Desde Bávaro le enviaba dinero a mi madre para el sustento de nosotros aquí... en la casa. En el batey Cuchilla, donde nací, algunos vecinos y primos no nos veían como los malos, ya que papá buscaba alimento para sustentar a su familia y compartía con ellos también.

Todo iba muy bien, no nos hacía falta nada porque teníamos todo. Mi madre y yo estábamos muy bien, todo era perfecto, ya que mi papá iba y venía. Todo parecía normal. Mi mamá hacía pan, con eso cubría las faltas de algunas cosas. Tres años después, mi papá le dijo a mi mamá que compró un solar en Las Américas: "¡Estamos progresando!", dijo mi papá. Mi madre hacía carbón, y me llevaba con ella. Yo veía cómo armaba el horno y, en la tarde, me enviaba a ver cómo seguía. Aprendí cómo armar un horno de carbón, y cómo hacer para que no se eche a perder. Ya sabía cómo aparejar la burra, ya que -de costumbre- la llevaba con ella.

Mi mamá me enseñó a trabajar la tierra: cómo sembrar yuca, maíz, habichuelas; también me enseñó a preparar la harina para hacer pan. Pero eso no era lo mío, más bien era la tierra, ya que era buena en eso. Sé cómo cultivar, cómo cortar la leña, cuándo debo cultivar lo sembrado... ya que yo era la que siempre iba con mi mamá al campo, o sea... lo conozco. Pero todo eso yo lo hacía sin el conocimiento de mi papá. Él no iba a estar de acuerdo con lo que mi mamá y yo hacíamos, ya que yo tenía, apenas, de 13 a 14 años.

Años después, mi hermana Estefany se enfermó de los senos. Al parecer, no era nada. Pero un día mi madre se fijó que no era normal lo que estaba pasando con Estefany. Llamó a mi papá y le contó lo que estaba sucediendo. [Los senos] le dolían mucho. Era *un proceso*<sup>42</sup> para mí y para mi hermana. Entonces mi papá fue a la casa y llevó a mi hermana al médico. Ese día, le dieron una mala noticia. El doctor le dijo: "Su hija tiene cáncer". Entonces trasladaron a mi hermana a Santo Domingo para recibir el tratamiento. No me acuerdo a qué hospital. Luego de pasar el tratamiento, le pusieron la cita para hacerle la cirugía: había que quitarle uno de sus senos para que no afectara el otro. Al parecer, ese día Dios hizo un milagro. El doctor le dijo a mi padre que ella estaba sana. "¡No lo puedo creer!", dijo el doctor.

No solo eso estaba sucediendo: mi mamá enfermó con un sangrado; le dijeron que tenía fibroma. Fue un proceso de más de cinco años con su padecimiento. Con el pasar de los años a mi padre le dieron la noticia de que la empresa había quedado en quiebra y que los ingenieros debían regresar a su país. Pero mi padre no se acostumbró a echar días de trabajo, y no tenía el conocimiento de nada de eso. Entonces tuvo que acostumbrarse a la vida del campo. Pero, al final, todo volvió a ser igual o, más bien, mejor porque mi papá está terminando la casa y a mi madre la operaron, y está bien.

<sup>42</sup>Pasar por una experiencia que resulta muy difícil de sobrellevar.

**Catiana  
Feliz  
Pérez**

Por Altagracia Jean Yedy (1995)

Kilómetro 8, El Seibo.

Todo empezó cuando tenía 17 años. Estudiaba en la [escuela] Gregorio Altagracia Medina, en octavo curso. Dicha escuela estaba situada en la carretera Seibo-Cruce de Pavón, camino a La Romana-Higüey. Viajaba a diario, felizmente, con mis compañeros y compañeras. Desde Kilómetro 8 hacia la [escuela] Gregorio Altagracia Medina; a veces esperábamos *bola*.<sup>43</sup> Si no lo hacíamos así, pagábamos transporte que, en ese tiempo, eran diez pesos.

En el transcurso del tiempo todo marchaba bien, hasta que se acercaba el día en que debíamos coger Pruebas Nacionales.<sup>44</sup> Un día, mientras estábamos en clases, entró la señora Secundina Febles, directora del Centro, y nos comunicó que teníamos que traer un acta certificada para coger las Pruebas Nacionales de octavo grado.

Cuando llegué a mi casa, se lo comuniqué a Ényelis, mi hermana, para que fuera a solicitar dicha acta. Ella era la que se encargaba de mis asuntos, ya que mi madre no sabía hablar el [idioma] español. Cuando mi hermana se dirigió a la Junta Central Electoral en busca del acta certificada, le fue negada. Y yo, en casa, sin saber lo que pasaba, estaba ansiosa, [esperando a] que mi hermana llegara para tener mi acta en la mano. Cuando mi hermana llegó, me dio la noticia de que el acta certificada me fue negada porque yo estaba “declarada con ficha”. Este documento de identificación era entregado por la compañía azucarera [empleadora] a los inmigrantes que venían de Haití a picar<sup>45</sup> caña. Con la noticia, se me fueron los ánimos.

Al día siguiente llegué a clases: todos mis compañeros [tenían] sus documentos en mano, menos yo. Me sentí muy triste; yo misma me cuestionaba: “¿por qué a mí, Dios?”. Solo pensaba en que todos mis compañeros cogerían las Pruebas, menos yo. En fin, que mi Prueba estaba en juego. Mientras estaba en receso, vi a mi hermana llegar al Centro. [Se presentó allí] para explicarle mi situación a la directora y, también, para ver si *me daba un chance*<sup>46</sup> para poder coger la Prueba [sin el acta].

Llegó el día de la Prueba. Ya reunidos, escuché que mencionaban los nombres de mis compañeros. Yo estaba nerviosa pensando: “Y si no me mencionan?”. Cuando al fin escuché: “¡Altagracia!”, con alegría, alcé mi mano. Me pasaron el cuadernillo y la hoja de [marcar mis] respuestas. Empezamos [a examinarnos] y, cuando todo terminó, me sentí bien y agradecida con Dios, ya que pensé... que no podría coger las Pruebas.

Días iban y venían, y yo [continuaba] ansiosa por saber los resultados. Tuve que esperar 21 días para saber si había pasado la Prueba. Al fin salieron los resultados y [comprobé] que pasé, exitosamente, las Pruebas Nacionales de octavo [grado]. Aun sabiendo que la

<sup>43</sup>Coger o esperar bola: pedir a conductores desconocidos de transporte privado que te lleven o acerquen sin necesidad de pago hacia donde te diriges. Por lo regular, se tiene un destino común o le quedas de paso.

<sup>44</sup>Examen estatal que se impartía en 8vo grado (actual 2do. de bachillerato).

<sup>45</sup>Cortar

<sup>46</sup>Oportunidad

**Altagracia**  
**Jean**  
**Yedy**

Junta Central me estaba negando un acta certificada, no me rendí. Mis compañeras y yo planeábamos inscribirnos en el Liceo Sergio Augusto Veras, que estaba ubicado en la ciudad de El Seibo, ya que las escuelas de la zona rural solo llegaban a la Primaria.

Llegó el día: mis compañeras Yerania, Yasframin y yo nos dirigimos al Liceo. De camino pensaba, preocupada: "Dios, y si no me inscriben... ¿qué será de mí?". Dentro de mi folder solo llevaba lo único que tenía, un acta de nacimiento. Llegamos al Liceo y había una fila enorme de personas inscribiéndose. Mientras mi turno llegaba, me asustaba más, ya que la directora estaba como un león rugiente, hablándole mal a las personas que estaban con documentos incompletos. Mientras veía esa [escena], pensaba: "¿Qué será de mí cuando me presente solo con un acta de nacimiento?".

Entonces salí de la fila y dije a mis compañeras que me iba. Ellas, sin cuestionarme, siguieron mis pasos. Mientras caminábamos, nos encontramos con un joven de Santa Rita. Era alumno del Politécnico Santa Cruz Fe y Alegría, un joven de excelencia académica. Se tomó la molestia de preguntarnos para dónde íbamos. Le explicamos que estábamos buscando inscripción. Él nos comentó que nos podría recomendar en el Politécnico, pero con dos condiciones: que nos portáramos bien y tuviéramos buen rendimiento académico. ¡Aceptamos!

Nos dirigimos [hacia el] Politécnico. Cuando llegamos, él nos presentó a la monja Alfilia C., la directora. Mis compañeras pasaron sus documentos y, luego, pasé el mío. Ella me dijo que tenía que traer un acta certificada; entonces, le expliqué que [en la Junta Central Electoral] me habían negado mi acta certificada. Con voz solidaria me preguntó: "¿Y eso por qué?". Con lágrimas en los ojos le dije que porque mis padres me habían declarado *con ficha*.<sup>47</sup> La directora se sorprendió, y me pidió que le dijera a mi madre o tutor que se dirigiera a la escuela al día siguiente, a las nueve de la mañana.

Cuando regresé a la casa, le expliqué a mi hermana lo que sucedió durante la inscripción. También le dije que tenía que estar a las 9:00 a.m. Al día siguiente mi hermana se dirigió al Politécnico. Cuando ella regresó, inmediatamente le pregunté qué sucedió. Me dijo que la directora la acompañó a la Junta para investigar sobre el acta negada. [Les respondieron] que no me la podían dar porque yo estaba declarada con ficha de caña. Aun así, con mis documentos incompletos, la directora me brindó una mano amiga, y dijo: "Por falta de un acta, no vas a dejar de estudiar". Y me aceptó. ¡Y yo feliz como una lombriz!

Automáticamente empecé a estudiar junto con mis compañeras. Nunca reprobé, curso tras curso. Pero, cuando estaba a mediados de cuarto del Bachillerato [actual 6to.] estaba empezando a preocuparme: sabía que, al final, tendría que coger Pruebas Nacionales.<sup>48</sup>

Un viernes, lo recuerdo como hoy, decidí aventurarme [hacia] la Junta. Ese día, en el Politécnico despacharon a las dos de la tarde. Entonces, me dirigí a la Junta ¡bajo un solazo y un hambre!; me hice *la chiva loca*<sup>49</sup>... como quien no sabía nada.

<sup>47</sup>La ficha es el documento que las empresas azucareras les entregaban a los inmigrantes haitianos cuando llegaban de Haití. Este documento fungió como documento de identidad para los cañeros. Con dicho documento ellos cobraban, les descontaban la Seguridad Social e, incluso, podían declarar el nacimiento de los(as) hijos(as). Hace algunos años, la JCE comenzó el proceso de modernización del Registro Civil Dominicano y ya a los inmigrantes no les fue permitido registrar nacimientos con otro documento que no fuera la cédula de identidad o el pasaporte. Este proceso trajo consigo la resolución 1207 de la JCE y llevó a la suspensión de la entrega de acta de nacimiento y cédula de identidad a los declarados con ficha de padres haitianos.

<sup>48</sup>Para acceder a la universidad era obligatorio aprobar esta prueba.

Cuando entré a la Junta, esperé mi turno y entré. Solicité un acta para fines de cédula. Para la confirmación [de mis datos (año, libro, folio, etc.)] pasé mi acta de nacimiento.

Después de que verificaron, me dijeron que la solicitud costaba RD\$200. Pensé: "Si dicen que cuesta \$200... es porque me la van a dar". Ahí mismo, aproveché para [solicitar] un acta certificada. Me dijeron que costaba RD\$300. Feliz, volví al otro día y pagué la solicitud.

El lunes -a primera hora- me dirigí hacia allá. ¡Al fin me entregaron mi acta certificada y mi cédula!, ya que -para entonces- el proyecto de ley 169-14 estaba vigente y ordenaba a la Junta entregar su documentación a los hijos de los inmigrantes haitianos que ya estaban inscritos en el Registro Civil. En la tarde, me dirigí al Politécnico y busqué a la directora; le entregué el acta certificada y se sorprendió. ¡De la alegría, nos abrazamos!

Llegó el día de las Pruebas Nacionales. Presenté mi documento, cogí mi prueba y, un mes después, felizmente me gradué de Bachiller. Mi meta era terminar el Bachillerato para trabajar e ingresar en la universidad y hacerme, así, de una profesión.

Gracias a mis documentos, pude ingresar a la universidad. Estoy estudiando Magisterio y, espero en Dios, poder terminar, ejercer mi profesión y servir a la patria.

<sup>49</sup>Hacerse el chivo loco, es mantener un comportamiento que da a entender que no eres consciente de lo que está pasando o desconoces un procedimiento, una ley o la consecuencia de un acto.

*Por Meriza Prophete Tocart (1996)*

*Golfo, San Pedro de Macorís.*

A la edad de 15 años le pregunté a mi madre por qué no vivía con mi padre biológico, sino con mi padrastro. No me importaba saber que mi madre hacía lo que fuera [necesario] para mantenerme a mí y a mis siete hermanos y hermanas. Solo quería saber la verdad sobre mi verdadero padre. Por eso siempre le preguntaba lo mismo.

Hasta que un día mi madre se cansó y, con una mirada triste, me dijo:

—Meriza salí embarazada de ti, y tu padre me dijo que te matara o que te vendiera, y que le mandara su dinero.

Por fin supe la verdad que mi madre escondía por varios años. Me quedé con la boca abierta frente a ella, sin decirle nada.

De nuevo le pregunté a mi madre:

—¿Cómo hiciste para mantenerme cuando saliste de ese batey llamado Conchoprino, que está después de Ramón Santana?

—Oh, hija, vendiendo carbón y yendo a un sitio que le dicen el Vertedero, donde muchas personas iban a buscar sustento para sus hijos.

Pero seguí preguntando:

—Mami, ¿y por qué yo vivía con esa señora llamada Martina? —y mi mamá se quedó callada.

Entonces volví y le pregunté:

—Mami, ¿y por qué yo vivía con esa señora? —ella entró a la casa.

Luego me dijo:

—Yo no tenía recursos y quería lo mejor para ti —me quedé con la boca abierta.

Sin embargo, luego a mi madre le informaron que la señora donde yo vivía me estaba maltratando. Ella me mandó a buscar con un motoconcho.

Viví con mi madre, donde dormía en el suelo y me tocó pasar mucha hambre.

Salí de mi casa a la edad de 16 años. Me mudé donde una señora que le llaman Yanet. Allí terminé mis estudios. Vivo ahí aún. Si Dios me lo permite quiero ir a la universidad, quiero estudiar Literatura.

**Meriza  
Prophete  
Tocart**

*Por Maribel Fede (1999)*  
*Euskarduna, San Pedro de Macorís.*

Soy de una comunidad pequeña llamada Euskarduna... una comunidad pequeña, así como los deseos de los jóvenes de salir hacia adelante... de poder estudiar y crecer como personas... de poder soñar y pensar.

Un día llegaron unas personas a la comunidad. Vinieron a reunirse con [los vecinos] que allí vivían. [Al principio, estábamos sin] saber cuál era el propósito de esas personas... hasta que una gran parte de la comunidad se reunió. Recuerdo que trabajaban con migrantes y descendientes de haitianos. Uno de ellos se acercó a mi mamá y le preguntó: "¿Tus hijos tienen documentos?". Ella le respondió: "No. Mis hijos no están declarados". Esa persona nuevamente le preguntó: "¿Qué pasó? ¿Por qué no lo has hecho?". Ella le contestó: "En aquel entonces no tenía la oportunidad de hacerlo, no tenía los medios para hacerlo. Pero haré lo posible para declarar a mis hijos".

Una semana después, mi mamá le dijo a mi papá que iría a buscar información de cómo declarar a sus hijos. Mi papá le preguntó que adónde iba a ir para conseguir esa información. Ella le dijo que iría al "Huacalito".<sup>50</sup> Mi mamá llegó a casa bien entusiasmada y le pregunté: "Mami, ¿qué te dijeron?". Me dijo que ya le [habían dado] información de cómo declararnos.

Mi mamá se sentó a hablar con mi papá de todo lo que le habían dicho en ese lugar. Mi papá le dijo que no había ningún problema, que estaba dispuesto a colaborar con lo que sea necesario. En un papel ella le escribió todo lo que tenía que llevar para la declaración. Muy feliz, mi mamá llevó todo... creyendo que ya tenía resuelto el problema... pero no fue así. La citaron varias veces en el "Huacalito" (supuestamente para retirar los documentos y arreglar el asunto, pero no era para esto). Mami iba a estas citas y no volvía con la misma sonrisa de los primeros días. Ya no era la misma.

Llegó el momento de inscribirme en el liceo Sor Ana Nolan. Recuerdo que me pidieron mi acta para inscribirme... y no la tenía para darla... y mamá le tuvo que decir: "está en proceso". La directora me dijo que sin el acta de nacimiento no me podía inscribir. Me sentí mal por dos razones: por tener que esperar horas tras horas en una fila en medio del sol... y por no poder inscribirme. Quise llorar, pero me aguanté. Sentí que me cerraron la puerta de la esperanza, la puerta de crecer.

Decidí hablar con mi antigua directora, explicándole la situación en la que me encontraba. Ella llamó al liceo, explicando la situación. La directora me dijo que bajara al día siguiente... y bajé. La directora del liceo me dijo que [iba a tener] que esperar un tiempo. Le dije: "está bien, no hay problema". Pero, pasó un mes: ya habían empezado las clases y aún no estaba inscrita... solo deambulando.

<sup>50</sup>El "Huacalito" es como se conoce popularmente al edificio de Oficinas Gubernamentales Juan Pablo Duarte. Dado que en la cultura popular se le denomina "botella" al puesto de un funcionario gubernamental que no cumple ninguna función, su lugar natural es un huacal. Arquitectónicamente se podría hallar alguna semejanza entre esta edificación y un huacal para guardar botellas.



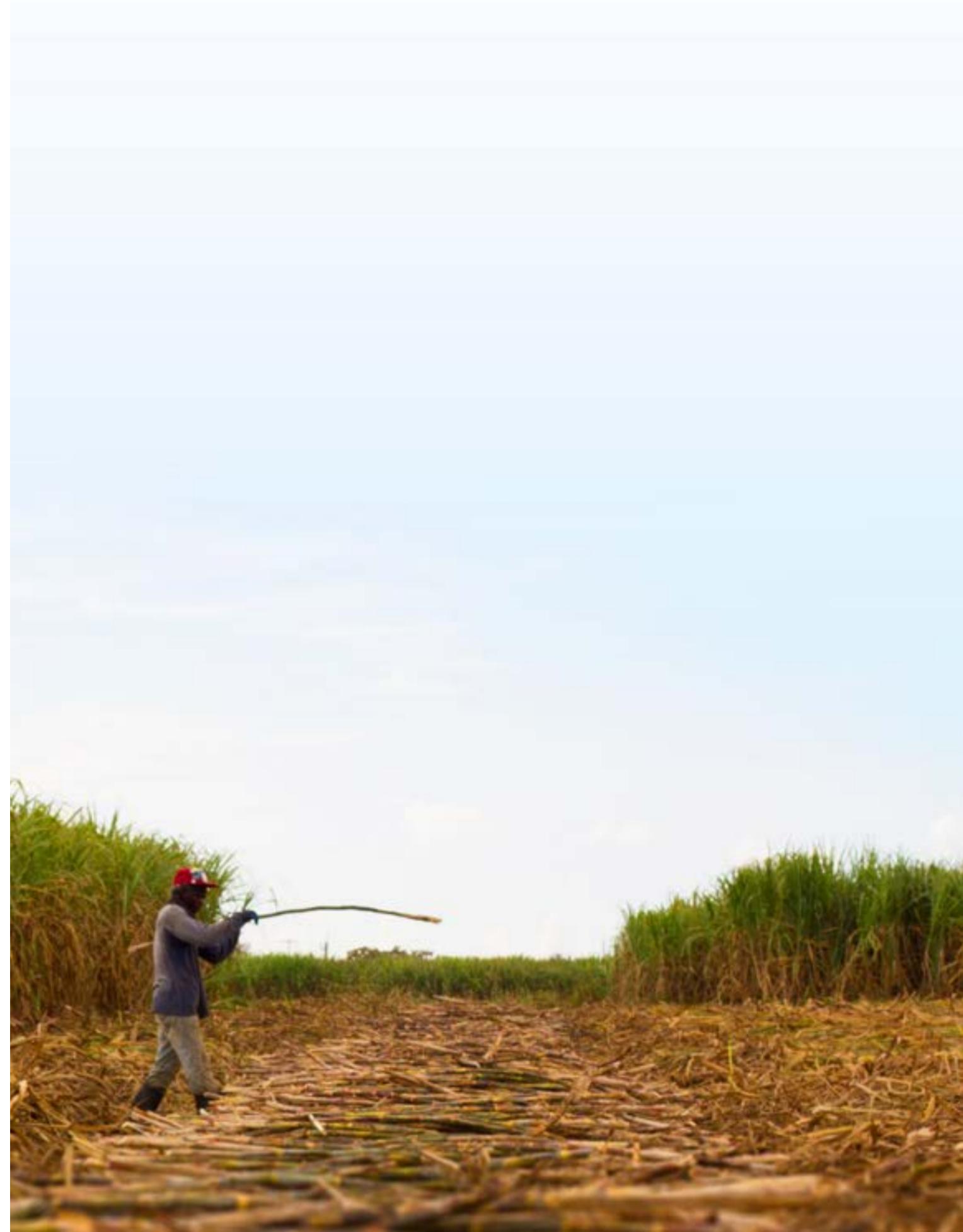
**Maribel  
Fede**

Sin saber qué iba a hacer, volví al liceo y, por mi insistencia, decidieron inscribirme. Recuerdo que todos los días al pasar la lista me recordaban en el aula, frente a mis compañeros de clase, que no se me `olvidara` traer mi acta de nacimiento. Al no tener mis documentos, fui una de las últimas en inscribirme.

Un día llegaron unas personas de una organización<sup>51</sup> que trabajan con migrantes y personas indocumentadas. Uno de ellos se acercó a mi mamá y le preguntó si ya había logrado obtener los documentos de sus hijos. Ella le contestó que están “en proceso”. La persona le respondió que “ya tiene que abandonar este proceso y entrar a sus hijos en *otro proceso*”. Mi mamá le preguntó cuál era el motivo para cambiar de proceso, y le dijo que hay un *nuevo proceso* para los descendientes de migrantes. Mi papá le dijo a mi mamá que no estaba de acuerdo. Mi madre le dijo que no tenía otra opción: y decidió entrarnos en *este proceso*.

---

<sup>51</sup>Movimiento Reconoci.do



Por Wander Vilson (1999)

Batey Bombita, Barahona.

Mi historia no es de revista ni es un cuento de hadas, sino que es la realidad de lo que yo vivo. Nací y crecí en un hogar cristiano, donde mis padres me enseñaron a hacer el bien. Y ya, como sabemos, lo malo le toca al que es bueno. Mi madre se enfermó de trombosis. Bueno, ¿cómo pasó? Estábamos mi padre y yo en la iglesia, mi madre se quedó en la casa, ella estaba lavando la ropa desde la mañana, lavaba la ropa a mano, porque no teníamos lavadora. Cuando llegaron unas personas llamando, no hacíamos caso, ya que estábamos en algo importante, lo que llamamos Santa Cena. Por eso no salíamos. Pero una persona insistió, y permaneció allí hasta que dio un gran grito, y dijo que mi madre se había caído y no sentía el lado derecho de su cuerpo. Salimos rápidamente. Yo lloraba y le pedía a Dios que no fuera nada grave.

Llegamos a la casa. A ella la sentaron en una silla, le dieron agua, ¿que si sentía algo? ¡Nada! Y yo: asustado. "Mi madre va a morir, que no sea así, ¡Dios mío!", decía. Eran las diez de la noche, y un vecino de nosotros, que es maestro, la llevó a un hospital a Barahona. Duraron bastante tiempo con ella en el hospital, ya que no pudieron hacer nada. Y mientras más estuvieron en el hospital más dinero se pagaba, todo lo que se le suministraba a mi mamá había que comprarlo, desde una jeringa hasta un suero.

Esa fue la razón que hizo que tomaran la decisión de sacarla del hospital porque durante una semana mi papá no tenía ni para un suero y nunca le suministraron nada. Marcelo el copastor de la iglesia tuvo que firmar el alta en el hospital. Mi mamá se estaba desgastando sin ningún tipo de medicamento para su recuperación. Y mi papá no tenía dinero. Cuando la llevaron a la casa no comía, no se podía mover por sí misma, todo lo hacía otra persona por ella.

Mi padre trabajaba en el conuco. Mi hermana<sup>52</sup> y yo estábamos en la misma escuela, y en el mismo grado. Tenemos hermanitos más pequeños. Nosotros somos los más grandes y teníamos que hacerlo todo. Estábamos en séptimo grado y faltábamos bastante a clases. Había muchas cosas por delante, pero nosotros nos dedicamos a cuidar a nuestra madre primero. Nos quedamos una semana sin ir a clases, pero después pensamos: "¿qué pasa? ¿Nos quedamos sin estudiar, o qué?".

Decidimos turnarnos para ir a la escuela, lo cual nos afectaría mucho. Pero los profesores se percataron de la situación, y nos dieron el chance. Mi hermana iba a la escuela un lunes y yo el martes... y así sucesivamente: un día sí, un día no. Me sentía mal. Creo que no tuve suerte porque los días más importantes, o sea, en los que se celebraba algo: ¡ese era el día que le tocaba a ella! Como el día de una excursión, donde conoceríamos museos y lugares maravillosos. Creo que no tenía suerte porque una maestra me pagó el paseo, porque era uno de los mejores estudiantes y, aun así, no pude ir. Tenía una gran responsabilidad: sí, la de cuidar a mi madre.

<sup>52</sup>El autor hace referencia a Margarita Miciado autora de la memoria personal "Crecer de golpe" en esta misma edición.

**Wander  
Vilson**

Bueno, [la situación] siguió así hasta que llegó el día que pasamos a octavo grado. Los maestros nos dijeron que ya no podríamos estar faltando tanto, por las Pruebas Nacionales. Llegó una nueva vecina al barrio, quien se hizo amiga de nosotros y se ofreció a quedarse con mi madre mientras estábamos en la escuela. Hasta hoy estamos agradecidos con ella. A las personas buenas les guardo un gran respeto, y les doy un gran valor.

La enfermedad no le dio normal porque una persona que tiene trombosis no habla ni come por sí misma. Pero creo que fue un milagro de Dios que ella hablase e hiciera todo. Aunque se levanta, no camina, pero está ahí, y puede estar como esté: es mi madre y la amo. Hace seis años que enfermó y [al iniciar este taller de escritura] estamos al final de nuestros estudios del bachillerato. ¿Cuándo se levantará de dónde está sentada? ¡No sé! Lo que sí sé, es que terminaré, trabajaré y le daré a ella y a mi padre una mejor vida.

A mí... dejó de importarme el problema que tenía con los documentos. Con tal de que ella estuviera bien, yo estaba ahí. Pero creo que estar sentada tanto tiempo en un solo lugar, sin salir, le ha ocasionado problemas psicológicos, ya que habla de todo, hasta cosas incoherentes que no se sabe de dónde salieron. Hay veces que me enojo, le digo que se calle y me salgo... duro bastante tiempo en la calle. Luego reflexiono un poco y vuelvo, le pido perdón, relajo un rato con ella. Aunque ella lo hiciera de nuevo, yo no le hacía caso. Es mi madre y la respeto. Mientras siga viva estaré ahí para ella.

En el 2017 conseguí unos documentos. Me había inscrito en el Plan de Regularización en el 2014, pero no fue hasta el 2017 que me dieron algo. Me dieron un acta de nacimiento y un carné verde, donde dice que soy extranjero. Eso me impactó, pero era mejor, algo, que nada. Ahora tengo "algo" que tiene mi nombre, pero no dice lo que, en realidad, soy: un dominicano de ascendencia haitiana.

Mi madre sigue enferma, pero algún día, sí, algún día se levantará.



Por Margarita Misiado (2002)

Batey Bombita, Barahona.

Nací en Barahona, en un pueblo llamado Bombita. Esa comunidad tiene ese nombre, según los antepasados que habitaban allá, porque hubo una bomba de agua que estaba en la entrada de la comunidad. En Bombita solo había caña, hasta que trajeron negros -de nuestro vecino país Haití- a trabajar en la caña. No tenían donde vivir. Los *grandes jefes* les otorgaron un pedazo de tierra donde hacían sus casitas, ya que eran hombres solteros. Algunos dejaban a sus familiares en Haití y venían a trabajar para mandarles dinero, y otros se iban de vacaciones y, cuando regresaban, venían con toda su familia. A los que venían con sus familias, el mismo consorcio<sup>53</sup> les entregaba casa para vivir. De ahí el pueblo fue creciendo, hasta que le pusieron un nombre a la comunidad.

En ese entonces, mi abuelo vivía en Haití con su familia, y él también decidió venir a trabajar en el consorcio azucarero. De ahí, él conoció a mi abuela y, según mi padre, se enamoraron. Ella quedó embarazada de mi padre, que nació el 22 de agosto, no recuerdo bien de qué año. Ese pedazo de la historia me lo contó mi padre. Luego de que mi abuela diera a luz a mi padre, mi abuelo se fue del país y abandonó a mi abuela.

Mi padre dice que mi abuela trabajó mucho para criar a sus hijos, porque antes [de tener] a mi padre, ella tenía más hijos. Mi padre no estudió. No tuvo la oportunidad de estudiar porque mi abuela no tenía dinero, y mi abuelo nunca regresó al país. Así creció mi padre, hasta que se casó con mi madre.

Nací el primero de febrero del año 2002, en la comunidad de Bombita. Mi madre, Luisa Misiado, era una mujer trabajadora, buena y luchadora por el bienestar de sus hijos. Tengo siete hermanos (Winder, Soni, Frank, Jorge, Isaías, José Eduardo y Wander) y dos hermanas (Yoselin y Bella). Pero, con mi padre, solo tiene 5: tres varones y dos hembras, incluida yo.

Mi madre era una mujer enfermiza, sufría de azúcar y, cada vez que iba a dar a luz, perdía mucha sangre. Al perder mucha sangre, quedaba interna en el hospital y mi padre tenía que atendernos. Mi madre no amamantó a ninguno de sus hijos por ese mismo motivo.

Para los años ochenta, no había escuela en la comunidad, así que los mismos jefes de la caña construyeron una pequeña escuela, donde estudiaron nuestros antepasados, de los cuales algunos ahora son profesionales. Solo llegaba al octavo grado y algunos no tenían recursos para ir a otro lugar a estudiar; pero otros se esforzaron, trabajaron, lucharon y fueron a otras comunidades -muy lejanas- a estudiar. Hasta que llegaron unos americanos a nuestra comunidad y construyeron una escuela, ya para el año 1997, un señor llamado Silver fue quien nos construyó la Escuela, que le puso nombre Escuela Copa Bombita.<sup>54</sup> De ahí aprovechó e hizo una clínica para la comunidad. Luego de estos acontecimientos, la

<sup>53</sup>Según la página web del Consorcio Azucarero Central, en 1917 se inició su construcción y en 1922 se "realiza la primera zafra".

<sup>54</sup>La autora hace referencia a COPA, Community Partners Association. Para conocer más sobre el trabajo de COPA en las comunidades La Hoya y Bombita visite: <http://copa.international/where-we-work/>



**Margarita  
Misiado**

comunidad va avanzando, tenía escuela formal y clínica. Para el año 2006, mis padres me inscribieron en la escuela Copa Bombita. En mis primeros años tenía mucho temor, pero me fui acostumbrando poco a poco. Siempre he sido una buena estudiante, no la mejor, pero una de las mejores. Nunca me porté mal en la escuela, en casi todos los grados fui estudiante meritoria.

Todos los años escolares era lo mismo: mis compañeros, en la primera semana, iban con todo nuevo a la escuela. Y yo, con el mismo uniforme del otro año... hasta que mis padres consiguieran el dinero para poder comprarme el uniforme y los útiles escolares. Tenía algunos amigos que, de sus útiles, me prestaban y me daban algunos cuadernos para aguantar y escribir las tareas, mientras que mis padres luchaban para comprar los utensilios para nosotros, los nueve hermanos. Aunque el padre de mis hermanos mayores le daba a mi madre para sus hijos, no alcanzaba ni para ellos. Ella tenía que salir a vender productos, pero Dios estuvo con nosotros y nos ayudó.

Para el año 2015, cursando el octavo grado, viví una mala experiencia. El primero de febrero de ese mismo año me sucedió una tragedia, que todavía me duele como si fuera ayer. Era un domingo; en ese día se celebra en todas las iglesias cristianas la Santa Cena. Mi madre pasó el día completo lavando y le cogió la noche también, porque en la casa no había lavadora, y tenía que ser a mano. Ya mi padre se había ido al culto de la iglesia. Si mal no recuerdo (solo tenía 13 años), eran como las siete de la noche cuando mi madre me dio tres gritos: "¡Maga, Maga, Maga!", y corrí: "mwén pa ka kanpe, mwén pa santi bo dwat mwén'an (*No me puedo levantar, no siento mi brazo derecho*). Yo lloraba, y le decía que se levantara del suelo. Ella me decía que no podía pararse. Entonces yo llamé a las vecinas para que me ayudaran con ella y, cuando llegaron, corrí hasta la iglesia a llamar a mi padre. Él salió de la iglesia corriendo y llamó a alguien, y buscó dinero prestado para llevarla al médico. Los médicos dijeron que ella había sufrido una trombosis que la dejó inválida, postrada en una cama. Mi mamá no podía caminar. Le dijeron a mi padre que -para volver a caminar- le tenía que llevar a tomar terapia, pero costaba dinero, y él no tenía ni para comprar los medicamentos. Al fin, cuando llegaron los americanos<sup>55</sup> para ayudarnos, ya era muy tarde, porque los huesos ya estaban deformados, y si le daban terapia le iba a doler más, hasta le podía partir los huesos.

Desde entonces mi madre empezó a cambiar: habla sola, discute... A veces yo pensaba en matarme... [ni siquiera] mi hermano Wander aguantaba esa parte de mi madre, la desconocía, me preguntaba que dónde estaba mi madre. Yo, hasta le pedí a Dios que me matara. [Solo pensaba en eso] hasta que llegó la señora Lupina, cuando cursaba el primero de bachiller, y dio un taller donde habló de autoestima, baja y alta. Yo le conté lo que me pasaba y ella habló conmigo. Me dijo que soportara, que en la vida se sufre y que todo no es felicidad, que del sufrimiento aprendemos.

[Cuando empecé a escribir este relato], mi hermano y yo estábamos en el mismo curso, cuarto de bachillerato. [Estaba decidida a] estudiar Psicología para ayudar a mi madre que está en esa condición. Soy la única que puede con ella. La calmo, a veces. Soy la que lava, la que cocina y voy de compras todos los sábados de quincena (gracias a la tarjeta de "Comer es primero",<sup>56</sup> nos ayudamos con los gastos).

Ahora mi comunidad ha avanzado porque el presidente Danilo Medina<sup>57</sup> entró a Bombita,<sup>58</sup>

<sup>55</sup>COPA tiene la sede en Reino Unido. Probablemente por ser extranjeros de habla inglesa, se les confunde con norteamericanos.

y arregló mi comunidad. Puso asfalto porque era un pueblo que, cuando llovía, nadie podía salir por el lodo que había. En la comunidad hay un grupo de mujeres luchadoras que lograron crear un proyecto, donde las mujeres venden peces, y es de buen provecho para nuestra comunidad, Bombita.<sup>59</sup>

Ahora mi comunidad cuenta con un Liceo. Ya los estudiantes no van a otra comunidad a estudiar, solo tienen que ir al pueblo para la universidad, porque el presidente construyó el Liceo Luciana Méndez Matos. Su director es Luis E. Antes de irme a la escuela tenía que colarle café a mi madre. Me levantaba a las cinco de la mañana para también dejarle el desayuno preparado. A veces le preparo algo de tostones (cuando hay víveres).<sup>60</sup>

Cuando venía para acá,<sup>61</sup> estaba pensando en el camino... cuando me dijeron que voy a escribir un libro... yo pensaba que era un cuento que iba a escribir, pero me dijeron, al llegar, que era acerca de mi vida. Me detuve a pensar y me dije a mí misma: "¿Sobre qué voy a escribir o por dónde voy a empezar?", pero con la profesora Farah y Ana María pude soltar el miedo, y hablé sobre todo, sin miedo.

Terminé el cuarto de bachillerato. Había dicho que iba a entrar a la universidad a estudiar Psicología, pero -por motivo de la pandemia-<sup>62</sup> no pude entrar. Igual, sigo luchando: salí de Bombita y vine para Santo Domingo, junto a mi madrina que me está apoyando. Conseguí un trabajo para juntar dinero e ir a la universidad. Cuando pase todo esto de la pandemia, voy a entrar en la universidad para empezar a estudiar mi carrera.

Esta pandemia ha atrasado muchas cosas. En este mismo instante, yo estaría tomando las Pruebas Nacionales que siempre dan al terminar el cuarto grado de bachillerato. Luego de la graduación, iba a tener una fiesta, pero -por la pandemia- todo tuvo que pararse. Entonces tuvieron que obviar todo y hacerlo como Dios quiso. Para finalizar termino con esa frase que aprendí aquí: "revisar nuestro pasado para mejorar nuestro futuro y no repetir la misma historia".

<sup>57</sup>Danilo Medina, expresidente de la República Dominicana en los periodos presidenciales (2012-2016 y 2016-2020).

<sup>58</sup>Para ver esta "visita sorpresa" del expresidente Medina, visite: [https://www.youtube.com/watch?v=HtVvUAzX3sk&ab\\_channel=GobiernoDaniloMedina](https://www.youtube.com/watch?v=HtVvUAzX3sk&ab_channel=GobiernoDaniloMedina)

<sup>59</sup>Para conocer más sobre el proyecto piscícola visite: <http://www.fcenralbarahona.org/pricing.html>

<sup>60</sup>El tostón se elabora con plátanos verdes picados, fritos y aplastados. En República Dominicana se le llama "vívere" al plátano, la yuca, la yautía y otros productos agrícolas que suelen estar presentes en los desayunos y las cenas, generalmente hervidos y acompañados de huevo, jamón, salami, etc. En las zonas rurales, lo común es un desayuno fuerte para poder asumir el intenso trabajo físico.

<sup>61</sup>La autora hace referencia a la asistencia al Taller de escritura que dimos en noviembre de 2019 en las instalaciones del Centro Montalvo.

<sup>62</sup>Covid-19

Por Sandina M. Cuba (2002)  
Batey Bombita, Barahona.

Tengo 17 años y estudio en el liceo Luciana Méndez Matos. Vivo en Barahona, en un Batey llamado Bombita. Vengo de una familia pobre... humilde; sin nada, pero con esperanza. Nací en Vicente Noble, y me crié en un pequeño batey, no con muchas oportunidades, pero ahí fue donde di mis primeros pasos y también mis primeros tropiezos. A pesar de la crisis y la falta de oportunidades en Bombita, eso no es un obstáculo para mí, sino una oportunidad para tener éxito en la vida.

Ramona, mi madre, siempre me contaba su historia de vida, cosa que me emocionaba, pero también entristecía. Ella siempre me dice que sus padres biológicos nunca tuvieron esa gran necesidad de que estudiara, pero ella sí quería estudiar para salir adelante. Con su gran ilusión, fue muy confiada donde su padre, mi abuelo Cuba; ella le dijo que quería estudiar... ir a la escuela, que le comprara los útiles escolares, pero -para su sorpresa- él solo le dijo: "Vete donde tu mamá". Pues ella, muy decepcionada, fue donde mi abuela Teresa, (conocida como Tiguedé) y le explicó que quería ir a la escuela, pero mi abuela le dijo: "Ve y habla con tu papá". Era, como decimos hoy, un vaivén. Después de eso, ella solo pudo cursar hasta el segundo grado. Mi mamá se desencantó y se cohibió.

Por su condición, a los 16 años mi mamá empezó a trabajar en casa de familia.<sup>63</sup> Cuando me contaba acerca de su vida, mi corazón -y todo mi ser- se entristecía. No porque a temprana edad empezó a trabajar, sino por la falta de interés que había en sus padres para que ella estudiara. No había ese gran entusiasmo en sus padres por saber y ver en qué se podía convertir su hija. Ya que, por la falta de apoyo de sus padres, su gran sueño de ser doctora no pudo realizarse, yo me decía: "Seré alguien en la vida para que mi mamá ya no tenga que trabajar". Otra de las cosas que la llevó a trabajar, era el maltrato de su hermana hacia ella. Mi mamá era quien vendía dulces para su hermana, nadie de su familia la ayudaba ni orientaba en cuanto a nada.

Un día, en unos rezos en el batey, mi madre se encontró con una señora llamada Ana A., una mujer con un buen estatus económico. Le ofreció trabajo en su casa, y mi madre aceptó. La señora Ana fue quien le enseñó a mi madre todos los quehaceres de la casa. Cuando mi mamá me contó eso, yo me quedé pensativa: "¿Cómo es que alguien puede descuidarse tanto con su hija que alguien más tuvo que enseñarle *aquello que es uno de los papeles fundamentales de una madre*? Yo quise llorar, pero me cohibí. Sentí rabia, coraje; quise gritar, romper todo lo que tenía alrededor. Mi corazón estaba devastado.

Mi madre siguió trabajando con aquella señora a la que mis hermanos y yo nos acostumbramos a ver como madre/hija... por la forma en que trataba a mi madre. Desde mi punto de vista, era así. Lo veía como [una relación] madre e hija, y no una 'señora' con su 'empleada'. Mi mamá aún no estaba declarada, eso también era un vaivén, que parecía que a mis abuelos no les interesaba.

Entonces mi abuelo, nuevamente, se casó, y mi madre tuvo una madrastra buena, se podría decir, pues Amelia fue quien declaró a mi mamá (después de que se le perdieran los

<sup>63</sup>Empleada doméstica

**Sandina M.**  
**Cuba**

documentos). Amelia, quien es mi verdadera abuela por ley, y mi abuelo Cuba se movieron y declararon a mi madre. Yo me decía: “¿por qué ahora mi abuelo sí quiere declararla?”. Pero me quedé con la intriga, y no pregunté.

Mi mamá seguía trabajando con la señora Ana, a la que mis hermanos y yo nos acostumbramos a decir ‘mamá’. Mi madre tuvo su primera hija a los 19 años de edad... con un señor llamado José Luis. Cuando tenía alrededor de 7 u 8 meses de embarazo, tuvo que dejar el trabajo. Cuando dio a luz a Indira, por su trabajo y para el sustento, tuvo que dejar a la niña con su abuela, la madre de José Luis. Acordó con ella que cuidaría a Indira durante cinco meses.

Mi madre salía diariamente a ver a su hija. Al cumplir los cinco meses [acordados], mi madre fue a buscar a su hija, pero le negaron verla. Mi madre estaba dispuesta a enfrentar a quien sea para que le devolvieran a su hija. Pero, por su mala suerte, no pudo llevársela. Mi madre había recibido consejos para dejarle saber a su hija, Indira, quién era su madre verdadera. Lo único que no hizo, fue ir a la justicia. La entrega de su hija a la madre de José Luis no fue con aprobación de la justicia, por lo tanto, ella tampoco fue a reclamar a la justicia. Ella lo aceptó y continuó con su vida y su trabajo. Ella estaba enojada, dispuesta a quemar la casa de José Luis, pero pensaba en su hija, y así lo dejó.

Al pasar de los años, mi mamá conoció a mi papá -Sandy-, quien trabajaba en la escuela Copa Bombita, y con quien tuvo cinco hijos, incluyéndome a mí. Dedicado y apasionado por los suyos, duró aproximadamente nueve años trabajando como jardinero y portero; a mediados de 2013 renunció... por un problema con la Dirección. En ese año empezó a trabajar en el Consorcio Azucarero Central.

Crecimos con la esperanza de un buen futuro. Mi mamá aún seguía trabajando en una casa de familia. Ella siempre me dice que nunca le ponga la mano a las cosas que no son mías. Hoy tiene más de 30 años trabajando con la señora Ana. Cuando ella me dice: “*Pa met menm w nan bagay ki pa pw w*” (No pongas la mano en lo que no es tuyo). Me lo dice tanto en español, como en *creole*.<sup>64</sup> Y yo siempre me digo: “Quiero ser como mi mamá: trabajadora, dedicada y luchadora”. Hoy puedo entender por qué me lo dice. No es por querer decirlo, es para que sepa respetar las cosas ajenas, ya que es otra de las claves que te ayudarán a abrirte puertas para que te vaya bien en la vida.

Los obstáculos no son una prioridad para mí. Ya que estas son las llaves para abrir puertas, y de ellas tendré oportunidades en esta vida para cumplir las expectativas que fueron inspiradas por mi madre. Mi madre, a quien admiro, a pesar de ella no terminar sus estudios ni obtener un diploma universitario que la defina. Sin tener nada de eso, ella ha podido enfrentar la vida; [sabe] cómo salir adelante en este mundo, donde si uno “baja la guardia” coge un riesgo de muerte.

Toda mi historia comienza ahí, con esa mujer fuerte: mi mamá, quien después de Dios fue quien me dio la vida... vida que sabré aprovechar al máximo, convirtiéndome en aquello que ella no pudo ser. Dando de mí, todo, y no esperando a que aquella historia me marque como una cicatriz... sino tomarlo como ejemplo, y poder realizar mis sueños para que mi historia tenga otro fin. Hoy me estoy preparando para darle a mi madre aquello que siempre ha querido. Ella también me dice que aproveche y estudie porque ella nunca tuvo la oportunidad de hacerlo... y que yo sí la tengo, y que lo aproveche.

<sup>64</sup>Criollo haitiano

<sup>65</sup>Descuidarse, distraerse



*Todos tenemos derecho a la ciudadanía y a nadie se le privará arbitrariamente de su nacionalidad. El artículo 15 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos otorga a cada persona, en cualquier parte del mundo, el derecho de pertenecer a la humanidad y a tener un vínculo legal con un Estado.*

*En efecto, la ciudadanía es considerada como “el derecho a tener derechos”, porque la nacionalidad no solamente les da a las personas un sentido de identidad y participación cívica, sino que les otorga a los individuos la protección de un país. Darse cuenta de la falta del amparo legal y pertenencia jurídica a su propia comunidad política es causa de sufrimiento profundo.*

